



DOCE

MONOLOGOS

CÓMICOS

POR
JULIO
CASTELLANO

PEDONDO

JULIO CASTELLANOS

264-
Inspirado del
Nº 27.995

Doce monólogos cómicos

COLECCIÓN

DE LOS MEJORES MONÓLOGOS

CREADOS POR

NOVELLI, COQUELIN Cadet, GALIPAUX, etc.

Sección Infantil



BUENOS AIRES

LIBRERÍA DE J. BONMATÍ É HIJO

Buen orden, 259



Es propiedad de los Editores.

Imprenta Gassó Hermanos, Valencia, 263.—Barcelona.

DOS PALABRAS

DE algún tiempo á esta parte, no hay reunión íntima de sociedad, velada, concierto ó fiesta de importancia sin que figure entre los números del programa la recitación de monólogos, siendo grande el número de aficionados que se dedican con éxito á representarlos.

Como es natural, la gran demanda de monólogos fué lo que nos indujo á coleccionar en un tomo los unipersonales más cómicos que existen, y que dieron á conocer en Buenos Aires los grandes maestros del arte como Novelli y Coquelin Cadet con un maravilloso resultado.

En la selección hecha se ha cuidado que estos sean, además de fáciles de ejecutar, morales en extremo, y tan graciosos, que aún tratándose de el más modesto de los aficionados deje satisfecho al auditorio que le escuche.

Debemos observar á los aficionados, que para salir airosos de la prueba, tratándose de re-

citar un monólogo, deben confiar para su éxito, más que en las buenas condiciones de actores que posean, en el buen estudio que hayan hecho del tipo que van á representar, declamando con claridad, accionando con soltura y gesticulando con naturalidad; lo que conseguirán fácilmente sabiéndose el monólogo de memoria, pues como se dice corrientemente en el teatro: "A papel sabido no hay cómico malo."

EL EDITOR.



LOS AMANTES

Monólogo de LECORNU

CREADO POR

FÉLIX GALIPAUX, DEL PALAIS ROYAL

Y TRADUCIDO POR

JULIO CASTELLANOS

Los amantes



Monólogo

(El actor se presenta en escena muy tranquilo y con tono lírico empieza á declamar, accionando de un modo exagerado y ridículo):

Asida sobre una roca, exabrupta y solitaria,
dominando los bramidos de la mar y la tormenta...
Ella está... los ojos fijos en la playa hospitalaria
pensando en un bello joven de lujosa vestimenta.
Conociólo ayer de tarde en Palermo de paseo
y al preguntar ha sabido que es su nombre... Timoteo.

(Suspira fuerte) ¡Ay! *(Dirigiéndose al público con la mayor naturalidad)*. Las distinguidas señoritas que se encuentran en el teatro y que se hayan encontrado alguna vez asidas á una roca y pensando en un bello joven á quien hayan conocido en Palermo, podrán apreciar lo bien que yo imito el suspiro de la enamorada. *(Vuelve á suspirar)*. ¡¡Ay!!

(Volviendo al tono declamatorio).

Despiértase sin que un punto sus pensamientos decaigan



y con voz flébil murmura mirando abstraída al mar:
¡San Expedito... que vuelva! ¡Que lo traigan! ¡Que lo
[traigan
Que lo quiero, que lo adoro y con él me he de casar...
¡Que él es todo lo que anhelo en la tierra y en el mar!
¡Si mis padres se opusieran á aceptar este himeneo...
ó profeso ó me suicido ó demente me declaro...
porque siempre Dorotea será fiel á Doroteo!»
¡Es él!—grita—y se presenta un joven de traje claro
que sin muchas reticencias se declara sin reparo.
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

(*Al público, sin declamar*). Los distinguidos jóvenes que hayan declarado su amor á una señorita asida á una roca, podrán comprobar lo bien imitado

que está el ¡ah! del enamorado (*vuelve á hacerlo*) ¡¡Ah!!
(*Volviendo á declamar*).



Que no iban á ser felices parece que estaba escrito,
pues á poco les sorprende un celoso pretendiente
que adoraba á Dorotea como un loco, el pobrecito,
y que al verlos abrazados se volvió medio demente
y lloraba, y pataleaba, y rabiaba á voz en grito.
Furioso á los dos se arroja y matar va á su rival.
Doroteo se apercibe... Ella llora como loca y se retira.
¡El celoso no se cómo saca un tremendo puñal...
se lo clava á Doroteo varias veces ciego de ira
y el pobre por prudencia exhala un ¡ay! y espira!...

(*Dando un grito exagerado*). ¡Ay! (*Al público,
muy tranquilamente*). Las distinguidas personas que
me escuchan y que hayan sido asesinadas alguna vez,

se darán cuenta de la fidelidad con que yo imito el ay desgarrador del asesinado (*lo hace*) ¡Ay!

(*Volviendo al tono declamatorio*).

¡La pobre Dorotea lloraba por su amante...
y daba pena verla clamar contra el destino!...

En nombre de las leyes un triste vigilante
puso bajo cerrojos al pícaro asesino.

(*Imitando el ruido de unos cerrojos que se cie-*



rran). ¡Crac! ¡Crac! (*Al público*): Las distinguidas personas que me escuchan y que se hayan encontrado presas alguna vez en la Penitenciaría, apreciarán lo bien imitado que está el ruido del cerrojo. ¡Crac! ¡Crac!

(*Declamando con énfasis*).

Después de cinco años de prisión preventiva
á la pena de muerte fué el joven condenado.
¡A la pena de muerte! ¡Qué triste perspectiva!

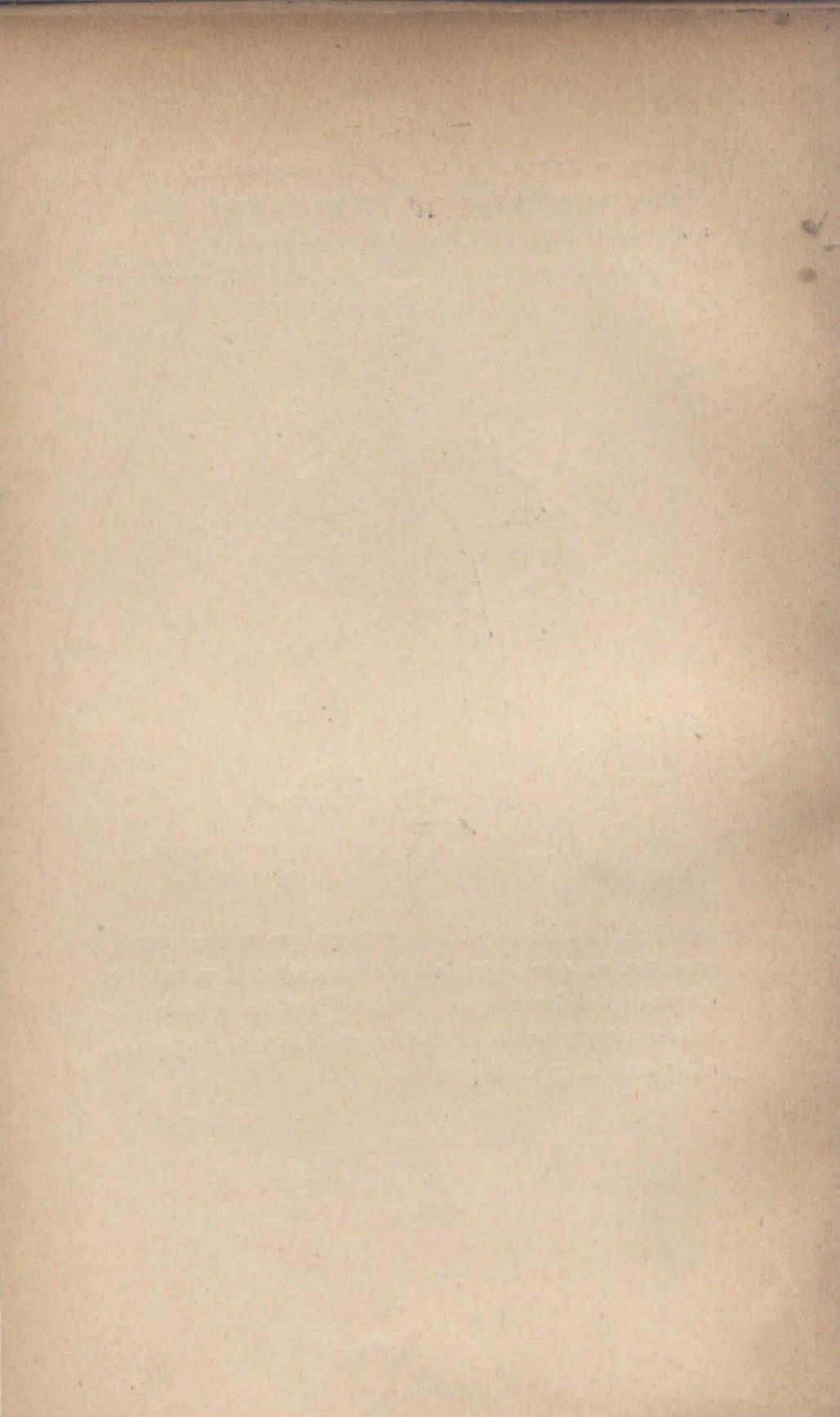
¡A la pena de muerte! ¡Oh, joven desgraciado!
¡Pero el buen Presidente su conciencia consulta,
apiádase del reo y al trote me lo indulta!

(*Suspira con exageración*). ¡¡¡Ah!!! ¡¡¡Ah!!! (Al



público). Las distinguidas personas que se encuentran en el teatro, que hayan sido condenadas á muerte y después indultadas por el señor Presidente de la República, comprenderán lo bien que imito el suspiro de satisfacción ¡¡¡Ah!!! ¡¡¡Ah!!!





LA MANO DEL HOMBRE

MONÓLOGO

DE

LUIS ARNALDO VASSALLO (GANDOLIN)

CREADO POR

ERMETE NOVELLI

Y ARREGLADO POR

JULIO CASTELLANOS

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

1900

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

CHICAGO, ILL.



(En medio de la escena una mesita con tapete obscuro que cae hasta el suelo. Sobre la mesa, bandeja con vaso, botella con agua y azucarera. El actor sale á escena, va á la mesa y hace los tres saludos de rigor, alza la mano como para hablar, y se sirve agua, echa azúcar, la diluye con la cucharilla y mirando á izquierda y derecha toma el vaso, se bebe el agua, y después dice):

La mano del hombre es un asunto en el cual nadie ha metido la pata. Y cuando digo la mano del hombre, me sirvo de una expresión genérica que abraza también á la mujer, cuando se puede.... ¿Qué es entonces la mano del hombre?... ¡Pregunta ingenua en apariencia!... Yo conocí á un filósofo que fué vivamente golpeado por una, y que le convirtió la cara en un queso de bola.

¿Qué es pues la mano del hombre?... No es tan fácil saberlo, porque hay muchos hombres, que no sabiendo qué hacer de ellas, se las ponen en el bolsillo, mientras otros que saben aprovecharlas, las meten en el bolsillo del prójimo.

La mano es el origen de todo lo existente. De las estrellas, de los fósforos, de las montañas y del taba-

co paraguayo; ¡porque todo salió de la mano del Creador!...

Elvezio dice que la mano constituye la superioridad del hombre sobre los demás animales. Se puede decir más... La mano es el hombre, tanto es así, que en vez de humanidad, podría decirse simplemente *manidad*. La criatura recién nacida, y que aun no conoce las funciones del delicado organismo, no habla aún y ya por instinto se mete los dedos en la boca.

La mano lo es todo en el hombre, ella le sirve para comer... para beber... para fumar... Con ella lo expresa todo. Y sino, la prueba.

De un gran orador no decimos que tiene buena figura ó una hermosa nariz, no. Decimos que acciona bien, porque si la mano no acciona, no distribuye nada color á las palabras... sin la acción la voz humana sería el sonido más desagradable de este mundo.

¿Quieren ustedes una prueba luminosa y palpable?... Existe un animal que habla como yo... como ustedes, pero que está privado de manos... y por eso, por carecer de manos, resulta el tormento más feroz escucharle... Me refiero al teléfono... y si no basta con el teléfono, al papagallo, la cotorra ó el loro barranquero!...

La mano lo es todo... en ella depositamos el ósculo amoroso y el anillo que consagra nuestros amores..... Cuando nos sentimos enamorados, como un Romeo los hombres, y como



una Julieta las señoras, nos obligan á pedir la mano de la mujer á que amamos, recibiendo algunas veces el pie del padre.

Sí, sí,... la mano lo es todo y es capaz de todo. Es innegable que la mano sostiene siempre una parte principal en los actos más importantes de la vida. ¿Cuál es la que trabaja? La mano. ¿Quién sanciona los actos más graves?... ¿Quién firma los pagarés?... ¡La mano! ¿Quién da y recibe?... ¡La mano! ¿Quién castiga y premia?... ¡La mano!... y siempre la mano.

Créanme, señores, para conocer el carácter del hombre no hay más que mirarle las manos... miren dónde las pone y qué uso hace de ellas....

Un apretón de mano dice más que la mejor filiación, y se presta á la observación psicológica.

Voy á dar á ustedes una breve explicación de esta nueva ciencia quiromántica que ha escrito en su primer página este axioma: «Dime qué manos tienes y te diré quién eres».

Los apretones de mano se pueden dividir en tres especies, en tres grupos, en tres grandes familias.

Estudiemos los apretones de mano de varias clases.

Hay individuos tan excesivamente expansivos, que aunque uno los vea á cada rato, saludan con efusión extraordinaria, como si llegasen de un viaje al Polo, con un apretón de manos atrayente.... así.... *(Hace como que toma la mano de un amigo y se la lleva al pecho.)*

Otros en cambio emplean un apretón de manos repulsivo como si fueran á agarrar algo con asco. *(Hace como si tomara con precaución la mano de un ami-*



go.) Esos son seres indiferentes, amargados por grandes desilusiones.

Debo advertir que el apretón de manos atrayente no es un síntoma seguro del buen carácter del hombre, sino cuando tiene un tono de voz agradable, así:— «¿Cómo te va, querido?... ¡Tanto tiempo sin verte!» (*imita el apretón de manos.*) Si por el contrario es melifluo en el hablar, (*imita el apretón de manos atrayente.*) «¡Oh! ¡Cómo le va, querido señor Sempronio!..»

Entonces es un calabacín con figura de persona... y á mí no me gustan los calabacines.

Cuando se encuentran dos manos atrayentes, entonces el apretón toma el vaivén del serrucho mecánico. (*Ejecuta el movimiento como si estuviera serruchando con el puño apretado.*) Y tal movimiento, no puede ser acompañado sino por noticias como estas: «¡Dichosos los ojos!—¿Cómo estás?—¿Y la señora?—¿Y la suegra?—¡Tirando va!

Existe un apretón de manos que indica un compasivo desprecio por la humanidad entera, es el de los críticos influyentes, y se llama de la mano muerta. (*Presenta una mano con desgano que no hace ninguna presión.*) «¡Hola! ¡Adios!...»

Un apretón de manos que sirve para dar aire de autoridad y de protección, es este. (*Con la mano izquierda imagina tomar la de un amigo invisible y*

golpea con la derecha abierta.)

«¡Bien! ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Me alegre... de verte bueno!...»

El apretón de manos más repulsivo es con la mano cerrada y el índice en forma de gancho. ¡Así!... *(lo hace)* Parece que le entregan á uno el puño de un paraguas. Este apretón es indicio de egoísmo y se debe rechazar!...

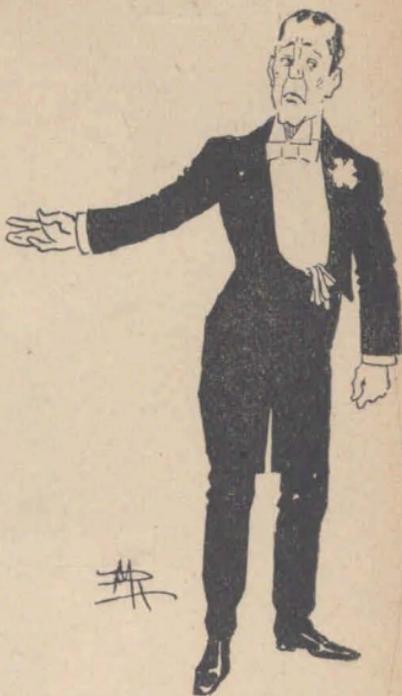
Cuando se encuentran dos antiguos camaradas, ó amigos de colegio, emplean el apretón de manos de torniquete. Así: *(Presenta una mano, luego otra y da vueltas.)* «¡Tanto tiempo sin verte!... ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Que te vaya bien!»

Hay también el apretón llamado, juego de la murra. Resulta franco, cordial... aunque doloroso. *(Finge aferrar una mano y da cinco ó seis estrujones como si jugase á la murra.)* «Adios, querido, adiós. ¡Que lo pases bien!»

Y así miles de apretones, que le dejan á uno resentido el brazo... porque hay amigos que aprietan para probar que tienen la mano pesada. ✕

También existe el apretón de manos misterioso, que emplean los miembros de sociedades secretas, y los enamorados que tienen secretos!...

Y por último, existe otro empleo de las manos, que me atrevo á recomendar á ustedes. Es simplemente esto. Con una mano y otra, golpeen fuerte hasta



producir un ruido que me ha de agradar... Así....
(*aplaude.*)



Y ahora buenas noches. Me voy antes de que la
autoridad me eche mano por latero.



El Código del Duelo

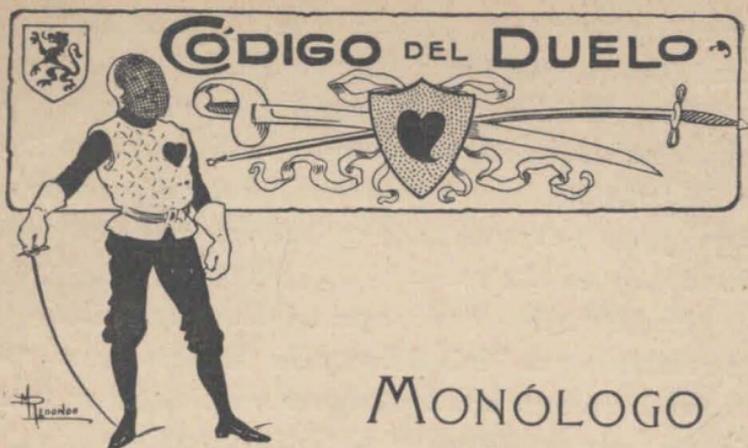
Monólogo

ORIGINAL DE

JULIO CASTELLANOS

3

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



MONÓLOGO

(El actor aparece por donde le da más rabia, con aire de perdonavidas, luciendo una levita negra constelada de condecoraciones. Tiene un bastón con el cual, de cuando en cuando, tira tajos y mandobles como todo monomaniaco por la esgrima).

¡Señoras! ¡Señores! Me es grato presentarme á ustedes.... pero no por tarjeta porque me resultaría muy caro, y además, porque no tengo más que dos, y están con la dirección de mi antiguo domicilio... así que lo haré de palabra. Armando Batuque. Profesor de esgrima y con especialidad de sable. Arribeños' siete, setenta y siete, tienen ustedes una casa á su disposición.

No confundir con el hospital que queda á tres cuadras. Horas de consulta. Para dar plata, ninguna. Para recibirla, todas.

On parle française. Si parla italiano. English spoken. Manspricht deutsch é Si fala brasileiro. Lecciones de esgrima á precios módicos para jóvenes que hayan pasado los cuarenta, y ancianos que no hayan

cumplido los veinte. Niños de pecho, gratis. Se va á domicilio, pero sale más caro.

Como ustedes podrán ver á poca vista que tengan... ostento en mi pecho toda clase de cruces, menos la del matrimonio, porque soy soltero, y ello obedece á que yo... Batuque he metido mucho ruido en este mundo... y en el otro.

Me he medido con los principales esgrimistas, y ha resultado que Pini, Greco y De Marinis son más ó menos de mi estatura... ¡Ah, pero á sabe he resultado siempre más sablista que nadie!... Conmigo no vale ponerse en guardia... (*Señala varios golpes de esgrima.*) No teman ustedes nada. Mi propósito no es



otro, por ahora, que dar á conocer en extracto «El código del duelo.» un libro que aparecerá en breve de-

bido al esclarecido talento del que suscribe, y digo debido, porque todavía no lo he pagado.

Puedo decir sin jactancia, que este libro vendrá á llenar un vacío, mejor dicho dos... (*Uevándose las manos á los bolsillos del chaleco*) porque tanto el rico como el pobre tendrán en él un verdadero guía, para el caso de tener que poner el honor en compostura.

El duelo constituye hoy por hoy una de las distracciones más sanas que pueden recomendarse al hombre de veinte á sesenta años. Antes de los veinte, expone á los jóvenes á que los pongan los riñones á la brochete... y pasados los sesenta, porque es ridículo que un viejo vaya á agarrar un reuma sobre el campo del honor.

Los motivos que pueden dar lugar á un duelo son varios, pero debemos advertir, que así como hay individuos que lo lavan todo con sangre, existen muchos otros que no se lavan. Las causas que dan lugar á un duelo, se exteriorizan por lo regular por una bofetada, un bastonazo ó un puntapié. La bofetada es de dos clases: la que se da, y la que se recibe. La segunda es más dolorosa que la primera. En los dos casos hay causa bastante para un duelo, á menos que no quiera uno hacer lo que un comerciante amigo mío que habiendo recibido una tremenda bofetada de un socio, con el que tenía cuenta corriente se la acreditó en su haber devolviéndosela al año con intereses.

El bastonazo suele estropear con frecuencia un sombrero, por lo que es lógico en estos casos que la reparación la haga un sombrerero.

El puntapié ya es cosa más delicada porque siempre se da en un círculo delante de gente.... y un puntapié en el círculo... no admite más contestación

que una estocada ó un pistoletazo... Es una verdadera imprudencia querer batirse con un acreedor porque él se aprovechará enseguida para exigir que se le pague.

La elección de testigos es asunto muy delicado. La estadística prueba, que de nueve casos en diez, los accidentes que se producen en un duelo son debidos á la inexperiencia de los testigos... Este lamentable estado de cosas obedece á que en una capital como Buenos Aires, donde existen como un centenar de salas de esgrima, no hay una sola academia para testigos donde éstos pudieran aprender la dialéctica necesaria



para conducir á un amigo decentemente al campo del honor. Pero mientras esta mejora no se importe.... se

«elegirá siempre un mozo alto y fornido con grandes bigotes para abatatar, y otro raquíptico como perro chino; para transar...

La elección de armas pertenece al ofendido, el cual elige generalmente la espada ó la pistola.

Esto no quiere decir que no puedan emplearse otra clase de armas, pero no son frecuentes los duelos á escopeta, cañón ó ametralladora. Sin embargo, es conocido el caso de un médico brasilero que habiendo sido ofendido en su honor por un joven kurdo, propuso un duelo á jeringa con una solución envenenada. Un arma debía estar cargada con estrignina, y la otra con un purgante, pero los testigos temiendo las consecuencias del duelo se opusieron á esa fantasía brasilera.

Los duelos deben verificarse de madrugada por ser más saludable esa hora, y aunque muchos creen que estos pueden realizarse de noche á la luz de los relámpagos, de la luna, las estrellas ó cualquier otro artefacto luminoso.... estas no son más que invenciones de los dramaturgos para hacer más emocionantes sus obras.

La elección del terreno es asunto que debe meditar. Debe elegirse uno alto, seco, bien ventilado y con buena luz para que puedan sacarse fotografías instantáneas.

Al ir á tomar el carruaje nada de despedidas dolorosas delante de la familia.... y menos delante de la suegra, porque se alegraría.

Es de buen tono entregar con toda gravedad al primer testigo un pliego cerrado diciéndole con voz más ó menos tranquila: «Este es mi testamento.» Aunque no se tenga ni medio.

Cuando ya sobre el terreno se quite uno el saco y el chaleco, jamás se cometerá la inconveniencia de retirar la cartera y el reloj para entregarlos á uno de los testigos echando una mirada de desconfianza sobre los del adversario.

No está de moda hoy día en los duelos sacarse la camisa, los combatientes, porque eso los expone á resfríos y á que dejen al descubierto algún tatuaje indecible que tengan en la caja del cuerpo.

Los adversarios deberán estar colocados á igual distancia uno de otro. Ni un kilómetro más ni un kilómetro menos.

La señal para romper las hostilidades será una palmada. Desde este momento el duelo entra en las condiciones ordinarias de un asalto hasta el minuto supremo en que se deja ver la gota de sangre indispensable, para satisfacción del honor ofendido. La reconciliación se verifica enseguida y el banquete á la media hora.

Actualmente el mundo médico se ocupa de un ingenioso descubrimiento que vendría á imprimir al duelo, hasta ahora puramente inofensivo, una acción terapéutica de la más saludable eficacia. Se trata de impregnar la punta de las espadas y floretes con sustancias medicamentosas tales como la morfina, la cocaína, la antipirina etc. etc.... en condiciones apropiadas al temperamento de los duelistas.

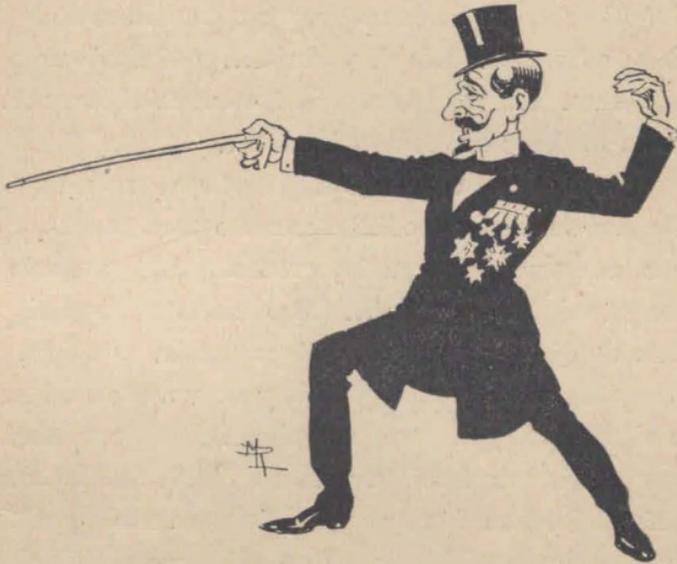
Gracias á los progresos de la ciencia, es posible que dentro de poco, se recete el duelo á espada como infalible contra la jaqueca, el lumbago, el reuma y las afecciones dentarias.

Todas las personas que sufran enfermedades neurálgicas ó artríticas se verán en la necesidad de en-

sayar esta medicación á la vez simple y poco costosa.

Hasta aquí, el extracto de mi libro, resultado de mi experiencia en estos asuntos tragicómicos que se llaman duelos.

Yo soy un hombre que ha tenido el honor en compostura una punta de veces. La primera vez fué cosa



de juego. Había yo ganado una fuerte cantidad y estaba en la mesa de un café contando mis ganancias, cuando se me acerca un señor y me dice malhumorado: — «¡Usted no es caballero! — No señor, soy Batuque, le contesté — y me arroja un guante sobre la mesa. Yo me lo puse, y como era de mi número le pedí el otro. Al ver aquello se me acercaron varios amigos y me dicen: — «Esa ofensa necesita una reparación!» — «¿Cómo?» — «¡Sí!» — «¡Pero cómo me voy á

batir con un hombre que me regala un par de guantes de cabritilla color patito!...»

Durante una semana los diarios no hablaban más que de el duelo Batuque-Gordillo. Llegué á sentirme personaje, pero con mucho miedo..... Fui al terreno arrastrado por mis testigos.... Gordillo llegó también arrastrado por una victoria.... Miden los pasos, nos colocan... Dan la palmada reglamentaria.... y ¡zás! aparecen como cuarenta vigilantes. ¿Qué había sucedido? Que tanto él, como yo, y su familia como la mía habían avisado al jefe de policía.... y el duelo no pudo verificarse. No nos reconciamos sobre el terreno..... pero lo hicimos en una rotiseriel....

Otra vez por causa de una señora, también tuve que costearme al susodicho terreno para cambiar dos balas con mi adversario, ¡vamos, una especie de tome y traiga á pistola!... Pero cuando llegó el momento de disparar ¡pum!... disparé á la estación, me metí en un vagón de segunda, y no volví en mí hasta que el tren se puso en marcha... Entonces abrí los ojos, y pude ver á mi adversario ileso. Había tenido la misma inspiración que yo! Dicho se está que también nos reconciamos sobre el terreno... del vagón!....

Desde entonces, y en vista de que los duelos son más frecuentes que los resfríos, aprendí á tirar las armas... y cuando me encontré en condiciones de atravesar unos riñones á espada, y de hacer mosca á veinte pasos, tropecé con un individuo en un café que me pisó un callo.... ¡Aquella ofensa necesitaba sangre!... Sobre el pucho le dí mi tarjeta, él como no tenía escribió su nombre en la esquina de una mesa de mármol, dió un puñetazo y me entregó el pedazo.... Aque-

llo me metió la batata dentro del cuerpo.... Llego á mi casa con la susodicha batata, y al rato se presenta un amigo que me dice todo asombrado... —«Me han dicho que has desafiado á Bonito? —¡Sí!....—Pues bonito te va á poner Bonito! ¡No sabes que es un tirador que pone su nombre á revólver y de yapa rubrica!....» Con semejante noticia excuso decir á ustedes, con qué ganas iría yo á ese desafío.... temblaba por mis hijos.... temblaba por mi mujer... temblaba por toda mi familia... Bonito se apiadó de mí, y cuando llegó el terrible momento ¡pum!... tiró al aire! Yo por no ser menos... ¡pum! también tiré al aire, pero maté á un testigo...



Desde entonces no he vuelto á tirar á pistola.....
me conformo con tirar al sable en caso de necesidad.

Por eso es que les emplazó
y mando que sin chistar....
me aplaudan ahora á rabiár;
si nó, les pego un sablazo.

*(Váse. Si la amenaza da resultado vuelve para
decir) ¡Gracias! ¡gracias! y bon soar.*



UN SEÑOR QUE COME
EN EL RESTAURANT

MONÓLOGO MUDO

ORIGINAL DE

LUIS ARNALDO VASSALLO (GANDOLÍN)

TRADUCCIÓN DE

JULIO CASTELLANOS



Monólogo mudo

(Esta humorada que denominé monólogo sin palabras, nació así: Una noche que fui al Teatro Valle, entré al camarín de Ermete Novelli y le dije con acento irritado: «Hace ya treinta noches que hablas cuatro ó cinco horas seguidas, y el público está ya harto de tu charla. Toma este manuscrito, estúdialo bien y así conseguirás representar sin abrir la boca.» — A la noche siguiente, Novelli representó este monólogo con arte inimitable.

El éxito de su interpretación consiste en el gracioso juego fisonómico del actor, pero más aún en la exactitud automática del gesto. El actor no saca nada, ni guantes, ni bastón, ni sombrero. En escena tampoco hay nada, ni mesa, ni cubiertos, ni platos, ni botella, etc., etc.; pero el actor con la precisión matemática del gesto debe dar al espectador la ilusión de la presencia real de los objetos que finge manejar).

El actor aparece en escena con una mano en el bolsillo y con la otra simula manejar un bastón. Finge quitarse el sombrero y busca con los ojos una percha para colgarlo, pero al verlas todas ocupadas da señales de contrariedad, hasta que por último encuentra una libre, pero como está demasiado alta tiene necesidad de ponerse en puntas de pié para colgar el sombrero. Hecha esta operación, respira.

Se coloca el bastón entre las piernas y se quita el sobretodo con dificultad, se lo pone al brazo, y va á

colocar el bastón en un rincón; éste cae al suelo y lo levanta resoplando. Da vuelta y hace ver que lo apoya en el respaldo de una silla. Sacude el cuello del sobretodo con la mano libre y va á colgarlo á una percha que está desocupada haciendo caer el sombrero de un cliente. Lo levanta, lo limpia con la manga, pide perdón por la torpeza y lo vuelve á colocar en su lugar.



Se saca los guantes desabotonándolos nerviosamente y los tira sobre la mesa; después los vuelve á tomar, pone uno encima de otro y los conforma.

Saluda con la mano á los conocidos y se coloca el monóculo en el ojo izquierdo.

Se sienta y llama. El mozo no viene.

Saca un diario del bolsillo de atrás del pantalón, lo abre y se pone á leerlo como un miope. Bosteza.

Llama golpeando con el cuchillo sobre un vaso.

El camarero llega. Satisfacción.

El mozo lee la lista de la comida; él escucha haciendo de cuando en cuando señales de desaprobación y de horror.

Ordena macarrones al jugo, dobla el diario y se lo guarda en el bolsillo.

Desdobra la servilleta y se la coloca sobre las rodillas.

Toma una copa, la mira al trasluz, la huele, le echa aliento y la limpia; después la vuelve á mirar de nuevo al trasluz teniéndola por el pié y se muestra satisfecho de su trabajo.

Limpia el cubierto y apoya los codos sobre la mesa, después se lleva las manos á la cabeza y espera.

Le sirven los macarrones. Los prueba, se quema y los vuelve á echar en el plato. Toma una copa y se sirve vino. Agarra el sifón de soda, lo aprieta y se moja una manga; se la limpia cuidadosamente.

Bebe, come y se mancha. Se limpia con la servilleta, se la pone después en el cuello y la estira sobre el pecho con ambas manos.



Segundo bocado.--Encuentra una mosca en los macarrones. La toma delicadamente con los dedos y

la tira. Separa el plato y vuelve á llamar golpeando con el cuchillo.

Le sirven un pollo durísimo. Hace fuerza para cortarlo. Se le escapa del plato, lo ensarta con el tenedor y lo vuelve á colocar en el plato. Se esfuerza inútilmente por cortarlo. Deja el tenedor y el cuchillo y lo parte con la mano, pero la carne no se desprende del hueso. Llama á un perro; le da un pedazo de pollo haciéndole estar de pié y atento para atrapar el bocado.

Esperando la ensalada, parte un pan y encuentra un largo cabello; lo quita lentamente.

El mozo le sirve la ensalada. Toma la sal con la punta del cuchillo y la espolvorea. Busca el molinillo de la pimienta; como no está en su mesa, lo toma de una vecina pidiendo excusa. Se sirve pimienta. Toma la botella del vinagre y lo vierte rápidamente en la



ensalada, quita el tapón á la botella del aceite y se sirve de él lentamente. Tapa las botellas y las vuelve á colocar en su lugar. Revuelve la ensalada y se mancha una manga, se la limpia. Come, pero como la ensalada le resulta muy salada, la rechaza.



Llama al mozo y le manda sacar todo. Pide café recomendado que sea bueno.

Traen café. Se sirve tres terrones de azúcar con solemnidad. Al servirle el café hace seña con el índice para que no le llenen la taza. Revuelve el café y lo toma á pequeños sorbos. Toma una copita de coñac de

un solo trago. Vuelve á tomar café á pequeños sorbos, quemándose.

Saca una cigarrera, toma un cigarro de Virginia y lo pone sobre la mesa. Cierra la cigarrera y se la guarda. Extrae la paja del cigarro, saca fósforos. Enciende uno y se le apaga. Enciende otro y le cae la cabeza encendida sobre el dedo índice. Se chupa el dedo varias veces.

Con el tercer fósforo encendido con grandes precauciones logra prender el cigarro, espera á que esté bien encendido. Se guarda la caja de fósforos, toma el cigarro y da una chupada. El humo le va al ojo izquierdo y tiene que cerrarlo lagrimeando.

Hace seña con la mano al mozo que pasa, y le pide la cuenta.

Se apercibe de que el cigarro no tira y busca donde pueda estar el roto. Encuentra el lugar, corta un pedazo de papel de diario y lo pega con saliva á la rotura.

Llega el camarero con la cuenta. La examina y la encuentra exagerada, dando á entender al mozo que ha comido pésimamente y que no volverá á pisar la casa.

Busca la cartera, saca un billete de diez pesos y paga al camarero; éste le da el cambio y él se guarda entonces los billetes y deja varios nickeles de propina.

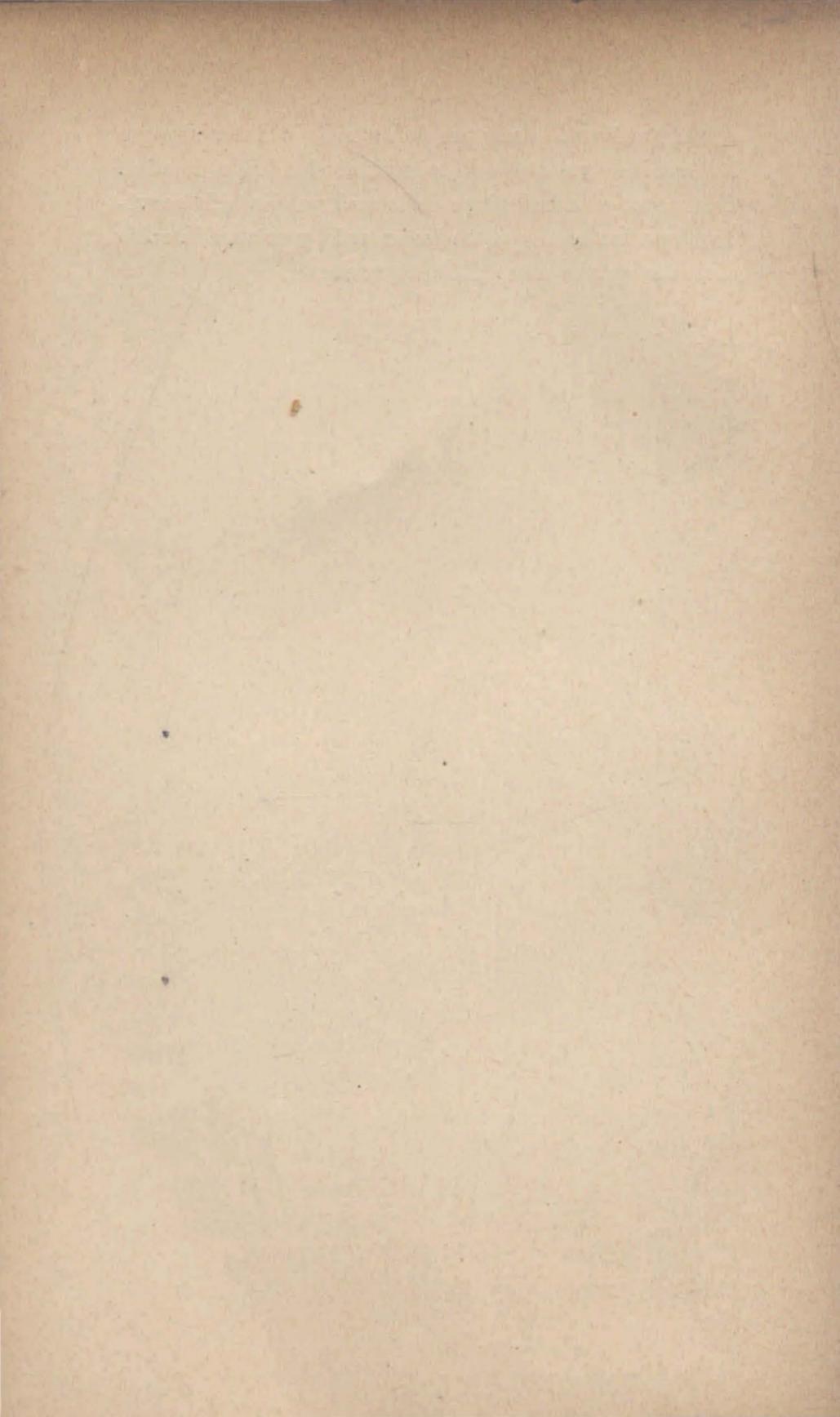
Toma su sobretodo y se lo pone con dificultad, se levanta el cuello. Toma su sombrero.

No encuentra el bastón. Está en el suelo, se molesta en levantarlo y como se ha ensuciado al bajarse á agarrarlo, se limpia.

Saluda á algún amigo fingiendo decir que nunca más volverá á comer en un restaurant tan malo.

Al volver á pasar por delante de la mesa en que ha comido, ve que está aún en el platillo la propina del mozo, y acordándose de lo mal que ha sido servido, toma los centavos, se los guarda y se va á la calle diciendo en voz alta: ¡Buenas noches!





Los médicos especialistas

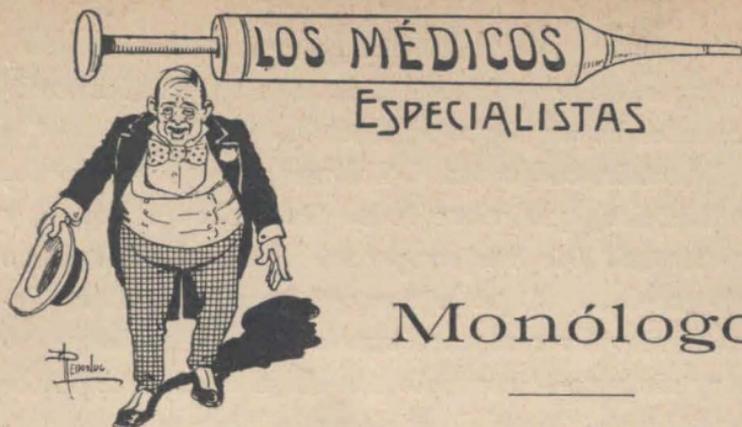
MONÓLOGO

DE

Tristan Bernard

ARREGLADO DEL FRANCÉS POR

JULIO CASTELLANOS



Monólogo

(El actor aparece por donde le plazca y dirigiéndose al público dice muy convencido):

¡No hay más remedio que creer en la medicina!... A ella le debo yo vivir como vivo; debo advertir que estoy empleado con un médico de fama hace la friole-
ra de diez años. Y á él no se le ha muerto ningún en-
fermo por su gusto, no señor; cuando llega ese caso,
mi patrón lo siente muchísimo, porque después cuesta
cobrar las visitas al muerto. ¡Ah!, pero en cambio,
cuando se tropieza con un enfermo que le da por po-
nerse bueno... las visitas se cobran pronto... y hasta
me dan á mí la propina.

Pero, vamos á ver. ¿Por qué se mueren los enfer-
mos? Porque quieren, sí, señores, sí, no es broma. Por-
que quieren llamar á un médico que no es especialista.

Enfermos hay, que no sabiendo cómo abandonar
este pícaro mundo.... se valen de cualquier arma, y en
lugar de recurrir al revólver ó al cuchillo... se valen
de un médico.

Pero que recurran á un especialista y sigan el

tratamiento que este les dé... ¿á que se curan en uno, dos, tres, cuatro ó cinco años... una vez que los medicamentos hayan hecho su efecto?... ¡Eh!

Ustedes conocerán á Tolomeo, ese joven, gordo, de bigotito, que viene todas las noches al teatro, y que ríe así, (*ríe con exageración*) en cuanto se dice una gracia... ¡Sí que lo conocen ustedes!... Pues Tolomeo vino á verme hace cuatro años. El sabía que yo estoy siempre en contacto con las celebridades médicas del país. Con el doctor Ramón Mejía, con el doctor Güemes, con el doctor Ingenieros, vamos, con todos los doctores que están suscriptos á la «Semana



Médica» y que tengo yo que ir á cobrarles la suscripción.

Tolomeo pesaba en aquella época cien kilos, y

quería adelgazar. Yo le indiqué la dirección del doctor Chanchini y él fué á visitarlo. El doctor Chanchini le examinó de arriba á abajo y le sometió á un régimen que dió excelentísimos resultados. Ejercicios y marchas prolongadas... dos horas por la mañana y dos horas por la noche. Al cabo de seis semanas Tolomeo había adelgazado veinticinco kilos.

Pero sucedió que se le habían aflojado las piernas, y éstas no podían resistir el peso de su humanidad... Y no podía andar. Tenía los piés hinchados. Vino á verme, yo le indiqué entonces al doctor Tran-



queroff, un doctor ruso que cura las afecciones de este género, por medio de baños de piés en el lodo... vamos, con greda desleída. Tolomeo siguió ese tratamien-

to durante tres meses, y al cabo de ellos tenía sus piés completamente curados. Entonces vino á verme y me dijo: «¡Ah, cuánto te agradezco!... Me han desaparecido los dolores á las articulaciones completamente... ¡Si yo pudiera curarme también esta afección á la garganta, que he tomado con la humedad!...»

El pobre, de tanto andar en la tierra húmeda, padecía de una terrible afección á la garganta, que le hacía hablar como un grafófono descompuesto.

Entonces le dije: —«Eso se cura muy fácilmente.»—y le recomendé al doctor Quillangusqui, un doc-



tor inglés que sostiene que muchas de las enfermedades á la garganta son causadas por la mala circulación en el cuello.... y él vuelve la vitalidad á este ór-

gano por medio del tratamiento eléctrico. Tolomeo siguió este tratamiento menos de dos meses, y su mal de garganta ha desaparecido completamente....

Pero, por desgracia para Tolomeo, pertenece á una familia de nerviosos y sufre de una nerviosidad especial que fué afectada grandemente por la electricidad, y claro, le atacaron unas crisis horribles... de un carácter muy grave.

Cada tres ó cuatro días le daba un acceso... Yo le dije: «Pero querido, eso no puede quedar así. Vete á ver, de mi parte, al doctor Lanceta, que te curará en un abrir y cerrar de ojos.»

El doctor Lanceta le hizo tomar bromuro. ¡Oh, el bromuro es soberano para las enfermedades nerviosas... si se le toma siguiendo las prescripciones facultativas!... Ni mucho ni poco. Tolomeo siguió rigurosamente las indicaciones del doctor. Y en muy poco tiempo, seis meses, los accidentes nerviosos habían desaparecido por completo. Mi amigo había vuelto á su vida normal.

Lo que sí tenía, un humor de todos los diablos, como todas las personas que sufren del estómago... y como consecuencia lógica, hacía unas digestiones difíciles. Cuando se sufre del estómago no hay que dudar, le dije: Vete á ver al doctor Galenoff... y Tolomeo fué á lo del doctor Galenoff, el que después de examinarlo minuciosamente, le sometió al régimen de las féculas. Poca carne... poco vino... poca agua.... y muchos purés de porotos, papas y garbanzos. Tolomeo se restableció en poco tiempo.

Y fué feliz. Yo mismo no le reconocí cuando me lo encontré en la escalera de mi casa adonde se dirigía para darme las gracias. Apenas podía respirar....

estaba gordo, muy gordo... Parecía un globo terráqueo... Se comprende... ¡el régimen de los farináceos!.. No pesaba menos de ciento veinte kilos... Eso es demasiado, le dije: Va á ser preciso que te sometas á un régimen para adelgazar... Pero me contestó él: «Si me vuelvo á poner en cura... Me van á hacer andar y se me van á aflojar las clavijas de nuevo, etc... etc.» —«No hay necesidad de andar hoy día», le dije yo, existen otros procedimientos para adelgazar. Vas á irte á lo del doctor Matoski. El doctor Matoski preconiza la equitación, pero no la equitación por azar, porque no basta tomar un caballo y dar un paseo por esas calles, ¡no señor!...

El doctor Matoski le hizo un folletito de doce páginas, indicándole las horas de salida, el nombre y duración de los tiempos del trote... del galope, etc... etc...



Tolomeo escogió un caballo fuerte y vigoroso y empezó sus ejercicios.

Y... ¡oh, prodigio de la ciencia médica! apenas

ha empezado, hace tres días, y ya ha disminuído de peso en treinta y seis kilos...! ¡Me parece que es un maravilloso resultado!...

Debo advertir á ustedes, que al dar un salto el caballo, en su primera salida,.... cayó de él y se rompió la pierna izquierda, que pesaba exactamente treinta y seis kilos. ¡Y ahí tienen ustedes un joven que por haber seguido las prescripciones facultativas, punto por punto, ha conseguido de la medicina... todo lo que le ha pedido.



Entre un acto y otro

MONÓLOGO

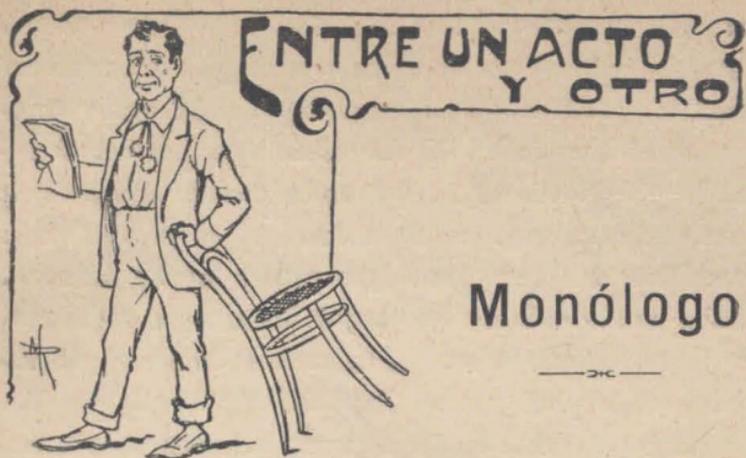
DE

LUIS ARNALDO VASSALLO (GANDOLIN)

ARREGLADO DEL ITALIANO

POR

JULIO CASTELLANOS



Monólogo

(El actor aparece por un costado del telón, con una parte de estudio en la mano y arrastrando una silla).

—Perdón. Creí que aquí no había nadie: de cualquier modo hay siempre menos gente que en mi camarín. Veo que estoy entre amigos. (*Saluda familiarmente aquí y allí con varios holas*). ¡Si me permiten....! si no incomodo.... voy á dar un repaso á mi parte, porque allí, créanme, hay tal escándalo, que no se comprende nada... (*Se sienta y se pone tranquilamente á repasar su parte.*)

No se mortifiquen ustedes, por mí, hablen si gustan.... no me molestan. Hagan cuenta de que yo no estoy aquí. (*Simulando contestar á uno de la platea.*) ¿Que cuándo se levanta el telón? — Enseguida. Pero no se hagan ustedes muchas ilusiones. El maquinista dice que la parte más interesante de la comedia es el entreacto y siempre lo hace durar más de lo que puede. Así que todavía ha de tardar en levantarse el telón. ¡Créanme á mí que tengo alguna práctica en el teatro! Si se levanta antes de media hora, les convido

á tomar lo que quieran.... (*señalando á uno*) aún á usted que pone cara de decir que no. ¿No oyen qué escándalo? (*Indicando al escenario*). Aún están colocando la decoración. El maquinista es hombre de inteligencia y de corazón que se ha casado únicamente para tener escenas en su casa.... como si no fueran bastantes las que tiene que armar noche á noche. Trabajo muy dificultoso, porque durante el entreacto, la gente del escenario, ya numerosa de por sí, se duplica, se triplica y se multiplica.

Apenas cae el telón, autores, críticos, abonados, amigos y todas las personas amables que se dedican á prodigar el elogio, se precipitan en el escenario. Y cuántos amigos tengo... Son tantos que no me acuerdo ni de su nombre, y así sucede, que después de una



amistad de diez años.... me veo en la necesidad de preguntar á alguno: ¡Oh, querido amigo.... ¿cómo te llamas? ¿Tú quién eres?

Tener el camarín lleno de amigos, ha sido siempre mi deseo, tan es así, que me he acostumbrado á caracterizarme, á vestirme y á desnudarme hasta delante quince personas. Comprendo que el espectáculo es siempre el mismo.... *mutatis mutandi*, pero no deja de ser interesante.

Con esto no quiero decir que todos los que entran al escenario vengan solamente por verme á mí en calzoncillos, no señor, pero hay uno ó dos tipos.... los cuales dos ó tres tipos... me dan un apretón de manos..... cuatro tipos que después los veo meterse entre bastidores.... Cinco tipos que se dedican á festejar á las artistas, especialmente á la..... ustedes me entienden....

En esto no hay nada de malo. Pero estos seis ó siete tipos, que á veces son ocho ó nueve, se desparrraman por el escenario estorbando á los maquinistas y les hacen perder mucho tiempo diciendo: «¿Con permiso? ¡Hagan el favor!... ¡Tenemos que colocar la alfombra!»

Pero nada, es como si se hablara á los sordos. Así que me he visto en la necesidad de ordenar á los maquinistas: «Cuando cualquiera de estos nueve, diez ú once tipos no les hagan caso, tírenles un bastidor á la cabeza.» (*Se oye detrás del telón un fuerte ruido*). ¡Ah! ¡Por fin se cumplen mis órdenes!

A mí no me importa que se metan en mi camarín para charlar un rato, y hasta me entretienen, pero esta noche, aunque es raro el caso, no sé mi papel, y

tengo necesidad de que me dejen tranquilo para repararlo.

Si me permiten voy á estudiar un poco, porque se trata de una parte peor que el aceite de ricino. Hay cada palabreja que enferma. El autor es un loco rematado. (*Hojeando su parte.*) Figúrense ustedes que hay un momento en que tengo que decir: «¿Dónde



estoy? ¡Ah, ya sé! —¿Qué quieren?.... ¡Me siento como atontado! Mi cerebro se ha convertido en una gruta. Mi pensamiento se cristaliza.... mis ideas se estalagmitizan!....» ¡Querrán creer! Esta misma palabra de estalagmitizar, se la he dicho á mi perro, y por veinticuatro horas se escondió debajo de un ropero.

Palabra más, palabra menos, es un papel escrito en esa forma. Todos son vocablos científicos, como si se tratase de alguna receta de química enciclopédica.

Y los actores estamos en la obligación de incrustarnos en el cerebro todo este palabrerío, y lo peor es



comprenderlo, porque créanlo, cuando el actor dice algo que no comprende le es imposible hacerlo comprender al público.

Les garantizo que en algunos momentos de tanto estudiar, no sabe uno dónde tiene la cabeza, y lo peor que uno le puede suceder (y á mí me sucede siempre) es tropezar con un imbécil que se ríe en mi cara y

dice: «¡Qué suerte tienes! Viajas, te diviertes, no haces nada.... á la noche dices en el escenario cuatro tonterías.... y ya has hecho la América!» (*Amenazando con la mano.*) Ya le daría yo la América. Pero les dejo hablar..... porque si yo me tomase el trabajo de probarles que esas cuatro tonterías me obligan á estudiar catorce horas de las veinticuatro que tiene el día, de seguro que reventaba de risa y me decía: «¿Que tú estudias? Si fueses de los que recitan tragedias en verso, pase, pero tú ¿qué haces? Sales á la escena y hablas con todo el mundo.... ¿O es que estudias para conversar con los amigos?....

Y el estúpido no sabe que por esto mismo, ¡el esfuerzo es mayor; que el estudio más completo de un artista consiste en eso que parece simple: en recitar como se habla.

¡Ah, ah! Si esto fuese tan fácil, todo el mundo sería artista; les ruego que reflexionen sobre este fenómeno: Tomemos uno de esos que en privado hablan maravillosamente, pongámosle en la escena, aquí delante de estas cuatro luces de la batería, ¡y estoy seguro que no se le arranca una palabra de la boca, ni con tenazas.

¡Recitar como se habla!.... ¡Pues ahí es nada!

Para conseguirlo es necesario hablar bien, y por lo tanto aprender á hablar bien, lo que requiere un estudio largo y asiduo, que vale, créanme, todo un curso universitario. Logrado esto, que ya es cosa difícil, es necesario sensibilizar los nervios y el cerebro, para que respondan á todas las emociones, y con un acto de nuestra voluntad poder transformar enteramente el individuo moral y físicamente; pasar de la risa al llanto, de la calma á la furia; del frío glacial

al calor sofocante, y de la nieve al incendio.... ¡Como quien no dice nada!

Es una gimnasia terrible, una esgrima del espíritu, y todo ello á expensas del sistema nervioso, de la mente, del corazón, á expensas de todo lo que constituye la existencia ordinaria.

Pero todo esto, no es más que una parte de nuestro trabajo. No basta que sintamos nosotros, es necesario que hagamos sentir. Para ello es preciso que la



forma externa de nuestro sentir hable, y muy claro, al sentimiento de todo aquel que nos ve y nos oye, para obligarle á sentir las mismas emociones que nosotros fingimos sentir.

Así que cuando yo debo reír, río verdaderamente, pero no por mi gusto, sino que río del modo justo y necesario para hacer reír al público. Y esta función de reír que tan espontánea es para todo el mundo, á mí me obliga á concentrar todos estos pensamientos y todas estas preocupaciones (*contando por los dedos*).

Primero: Reír aunque no tenga ganas.

Segundo: Reír á tiempo y con la entonación justa del momento en que recito.

Tercero: Reír, pero no como río yo cuando río, sino reír como debe reír el personaje que represento.

Cuarto: Reír, y no por placer mío, pues en la mayoría de los casos bostezaría; sino reír para que el público ría.

Quinto: Reír en proporción al motivo por el cual tengo que reír.... porque de equivocarme un solo milímetro provocaría las protestas de ustedes.

¿Y esto es reír?.... No señor. Esto es un martirio. Quisiera que ustedes probaran nada más que á sonreírse con semejantes preocupaciones por la cabeza. Y sin embargo yo debo sonreírme de una manera irónica cuando llega el caso (*sonríe*) y á veces reírme como un idiota. Así. (*Imita la risa de un imbécil*). O la risa alegre y jovial de un hombre feliz. (*La imita*.) O la risa económica de un usurero amable (*la imita*); ó la risa elegante de un gran señor, (*la hace*); ó la risa convulsa de un gordo (*la hace*); ó la carcajada escandalosa que hace temblar los vidrios (*la da*). Créanme ustedes.... cuando debo reír..... es cosa de llorar.

En fin, yo debo saber llorar y reír con todas las tonabilidades, con todas las variaciones posibles. Y si

hubiese un instituto para conseguir el título de doctor en arte dramático, los exámenes, según mi parecer deberían consistir en este solo experimento. Fingir un diálogo con un interlocutor invisible en el que haya que interpretar todas las pasiones del alma humana. Del fastidio al interés. Del interés al desdén. Del desdén á la curiosidad, y de ésta á la risa; de la alegría al llanto y vice-versa. Imaginemos que ustedes son los profesores. Pues bien. Mi examen sería este: *(Por medio de la mímica natural y las varias expresiones de la cara simula saludar á un amigo con gran efusión. Finge escuchar un discurso que al principio le fastidia hasta hacerlo bostezar, después le interesa y le hace reír á carcajadas. Por un triste incidente se apena, se enfurece y rompe en llanto histérico hasta que poco á poco lo atenúa, y se calma de tal modo, que parece decir con filosofía: Basta, no pensemos más en esto.) Escucha después otro discurso que le arranca una alegre carcajada, hasta que se despide de su interlocutor con cómica hilaridad.)*

¡Si se imaginaran algunos, cuánto se necesita para conseguir estos efectos que parecen cosa de nada!... ¡Si supieran qué martirio para el alma es esta gimnasia de los sentimientos!... Si se dieran cuenta de los muchos dolores de cabeza que cuesta conseguir este arte complicado que se llama simplicidad!... No le pasaría á nadie por la imaginación la inocente idea de ser cómico.

Esto sin contar que el artista hombre, es siempre un miserable vagabundo, que pasa por la tierra como un pobre corredor de comercio, sin casa, sin hogar.... sin mañana. Obligado á hacer todo, á sentir todo... y

á saber la mar de cosas... Porque en definitiva.... el artista, el verdadero artista, está en la obligación de saberlo todo... todo... menos su papel! (*Indica et que tiene en la mano. Saluda y vase.*)



Solo de flauta

Monólogo

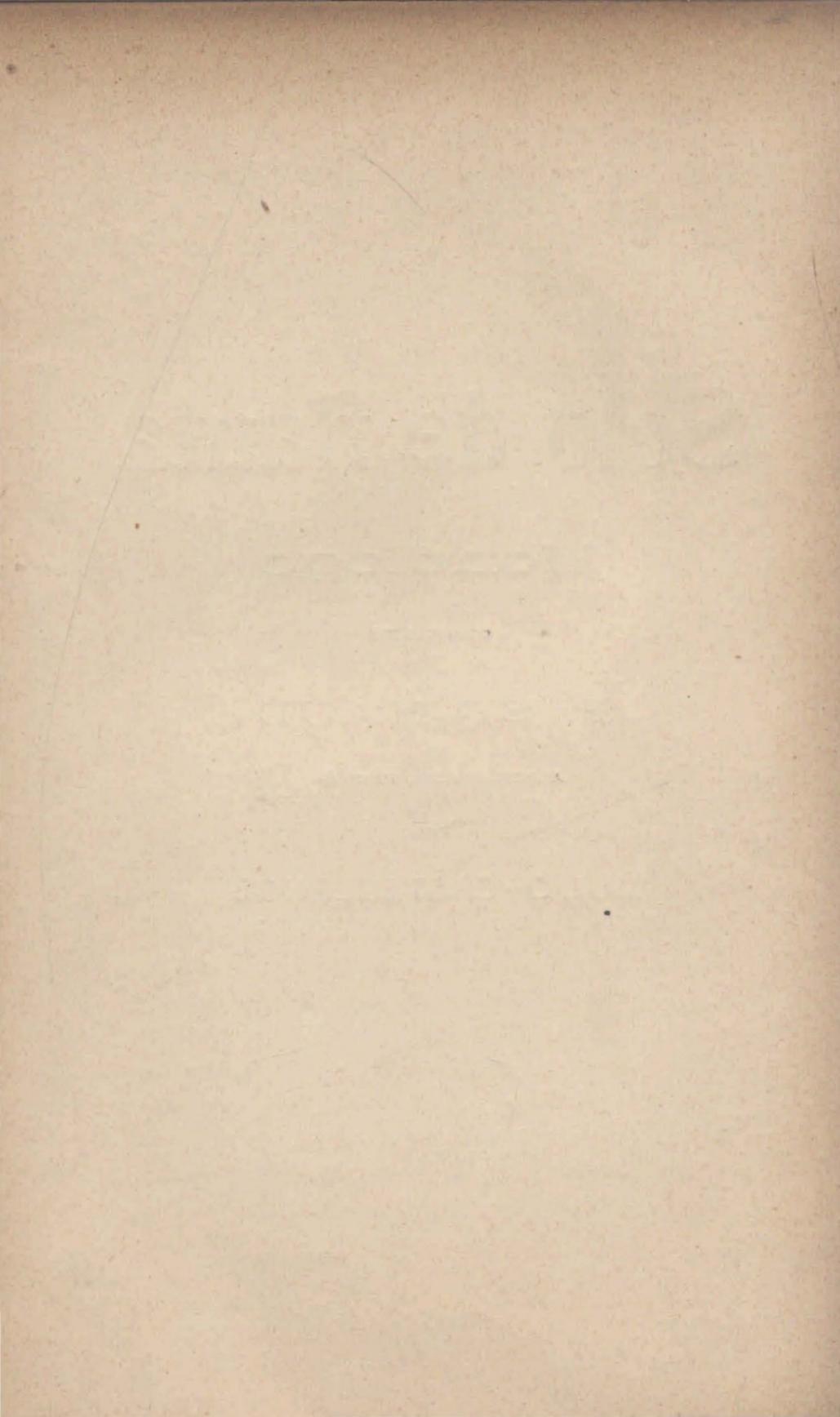
ORIGINAL DE

P. BILHAUD

ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

JULIO CASTELLANOS



SOLO DE FLAUTA



Monólogo

(El actor se presenta en escena con una flauta en la mano. Saluda al público, después acomoda á su gusto el atril, y se prepara como si fuese á tocar la flauta; se arrepiente de ello y se adelanta al proscenio con timidez. La comicidad de este monólogo consiste mucho en la manera de tomar bien la posición de un concertista de flauta, de modo, que el público crea que cada vez que el actor se lleva la flauta á los labios éste va á hacer prodigios con ella).

Pido á ustedes perdón... pero me siento conmovido ¡bárbaramente conmovido! Como es la primera vez que voy á tocar en público... me encuentro un poco abatado... pero pasará. Sin embargo, siento que me falta el aliento... y como ustedes comprenderán, para tocar la flauta el aliento es indispensable. (*Da un gran suspiro*). ¡Ah! ¡Ah! Ya va pasando la batata. (*Se prepara para tocar pero á poco lo deja.*) Prevengó á ustedes, que no soy una eminencia flautística.. conviene que lo sepan antes. Yo toco de afición, puramente de afición... pero con sentimiento... ¡con alma! con mucha alma... ¡eso! Como tocan los músicos que no son de primera fuerza. Esto tiene su explica-

ción porque jamás he tenido disposición para este instrumento!... ¡Lo que me ha costado á mí aprender á tocar la flauta!... Mi mamá siempre me estaba diciendo: —«¡Bartolo, toca la flauta! ¡Toca la flauta, Bartolo!» — y Bartolo, que soy yo, me pasaba todo el día Re, la, mi, do y Re, fa, la, do, haciendo escalas con el instrumento.

Hay muchos que tocan la flauta por casualidad, no digo menos, pero á mí me ha costado doce años de estudio; pero hoy puedo vanagloriarme de ser un excelente concertista... Ustedes jnzgarán. (*Se lleva la*



flauta á los labios pero la deja enseguida.) Puedo decir con orgullo que he tenido de profesor á uno de los

más famosos flautas del mundo. Nada menos que á la gran flauta del Teatro de la Opera... el célebre... bueno, será inútil que les diga su nombre porque toca con seudónimo.

Todas las noches á las ocho en punto iba á su casa á tomar lección, y á las ocho y diez, las noches que perdía el trangua. Allí me encontraba con la esposa de mi querido profesor de flauta, con los hijos del mismo profesor, y con varios amigos íntimos idem idem. Total. Una reunión de las que no se habla nunca en la vida social de los diarios. Después de los saludos de práctica dejaba la flauta sobre el piano y me ponía á jugar al siete y medio y regularmente me quedaba sin medio. ¡Y eso que no era más que á dos centavos el tanto! Después tomábamos te, y nos poníamos á hablar mal de los amigos por pasar el rato... hasta las once, hora en que tomaba mi flauta del piano y tocaba la polka del spiante... El profesor me acompañaba hasta la puerta diciéndome cariñosamente: —«Hasta mañana, querido discípulo,»—y así, hasta el día siguiente en que volvía á su casa con el instrumento. Tres años estuve recibiendo esta clase de lecciones con gran aprovechamiento... por parte de mi querido profesor que recibía mensualmente sus honorarios... Me parece que les estoy dando la lata y ya es hora de empezar. (*Se prepara para tocar pero lo deja, poniéndose á arreglar la música en el atril. Vuelve á tomar la posición pero la abandona nuevamente para dirigirse al público.*) Apelo á la indulgencia de ustedes porque soy primerizo... (*Se lleva la mano al corazón.*) El corazón me late en compás de cuatro por cuatro... tic! ·tác! ;tic! ¡tac! Vamos, me servirá de batuta.

Yo tenía antes la mala costumbre de contar en alta voz los compases cuando tocaba el triángulo, instrumento para el que soy mucho más competente que para la flauta como podrán ustedes apreciar. (*Vuelve*



á prepararse para tocar, pero se interrumpe para acercar más el atril. Se coloca la flauta en los labios y mira la música.) ¿Qué miro?... Esta no es la pieza que tengo que ejecutar!... (*Vuelve á mirar la pieza y se tranquiliza.*) ¡Ah, sí! La tenía colocada al revés. Por fortuna me dí cuenta á tiempo y no me ocurrió lo que hace noches, que me apercibí del error á la mitad de la pieza... Estos contratiempos desacreditan á un artista, sobretodo cuando todavía no tiene una reputación hecha. (*Acomoda la música en el atril.*) Ahora

empecemos por entonar el la. ¡Caracoles qué desafinado estoy... la! ¡la! (*Estornuda ridículamente*) ¡Atchits! Ya me resfrié. ¡Atchits! (*Al público.*) Gracias. (*Hace como que va á tocar y á poco lo deja dirigiéndose al público.*) Les participo á ustedes que se trata de una composición ultra-modernista ó archidecadente si ustedes quieren.

La música describe con pelos y señales el encuentro de los amantes en una gruta. Oigan ustedes. (*Hace como que toca sin hacer sonar el instrumento, llevando el compás con el pie.*) Me olvidé decir á ustedes que los amantes que nos ocupan son mudos, y que todo lo que se dicen al encontrarse solos en la gruta,



está librado al lenguaje de los ojos y de las manos. Escuchen ustedes con qué arte maravilloso ha des-

crito el autor la presentación del padre de la muchacha. (*Toca á lo que salga que ha de ser desafinado.*) ¿Eh? ¿Qué tal? (*Al público.*) Me parece que no se puede describir mejor la falsa situación en que se encuentran los amantes que por medio de una nota falsa.

Ahora van á oír ustedes las barbaridades que dice el padre á su hija en tono de mí mayor. (*Vuelve á hacer como que va á tocar y se le queda la flauta en dos pedazos.*) ¡Caracoles! ¡Me he quedado sin instrumento! (*Junta los pedazos.*) Por fortuna no ha sido nada... ¡Atchis! ¡Atchis! Nada, lo he agarrado de los fuertes... ¡Atchis! ¡Atchis! y así hasta seis... es mi número... ¡atchis!... ¡atchis! (*Al público.*) Gracias.



Vaya, terminemos de una vez. (*Se limpia con un pañuelo y se prepara para tocar, pero se ve obligado á dejarlo porque le ataca el estornudo de nuevo*). Atchis!... ¡Atchis!... Me parece que se van á quedar, ustedes sin concierto... ¡Atchis!... ¡Atchis!... y es desgracia porque no toco mal... ¡Atchis!... ¡Atchis!... (*Al público*). ¡Gracias! (*Se limpia*). Deseaba que ustedes me oyeran, porque no era sólo por amor al arte que deseaba lucir mis talentos musicales ante ustedes, sino que como la música domestica á las fieras, y ustedes no iban á ser menos, estoy seguro, que una vez que me hubieran oído tocar... no tendrían inconveniente en enviarme discípulos... pero... (*porque le ataca el estornudo*) pero... ¡Atchis!... ¡Atchis!... Otra vez será. ¡Vaya, buenas noches!... ¡Atchis!... ¡Atchis! (*Se va furioso por el foro estornudando*).



EL ABUELO

Monólogo

ORIGINAL DE

LUIS ARNALDO VASSALLO (GANDOLÍN)

CREADO POR

ERMETE NOVELLI

ARREGLADO DEL ITALIANO POR

JULIO CASTELLANOS





Monólogo

El actor viste elegantemente de levita. Es un viejo alegre y simpático, con la sonrisa estereotipada en el rostro. Aparece muy contento por la derecha, cargado con varios paquetes de juguetes).

¡Já!... ¡Já! ¡Já! Me estoy poniendo en ridículo... pero ¡bah!... ninguno me ve... He comprado todo un ejército por cincuenta centavos para que se divierta mi nieto Julio... y yo también me voy a divertir con él, porque como no tiene más que tres años... es necesario enseñarle a jugar... Es todo un hombre, apenas agarran sus manos un juguete... ¡pumbaba! lo hace pedazos... ¡No hay ejército que se le resista!... ¡Es un Napoleón! ¡Ayer ha roto un cristal del aparador... pero lo hizo con una gracia!... ¿Pues y Elvirita?... Apenas tenía un año y ya andaba á gatañ... á los dos, hablaba... No se la comprendía bien, pero había que oirla. A los tres, casi me deja ciego jugando al volante, y á las cuatro de la tarde la castigó la madre por haber puesto con averías al abuelo. ¡Marujita, que es a mayor, escribe con un gusto y con más faltas del ortografía!...

Ayer, con motivo de mi cumpleaños, me escribió una carta que empezaba así: «Cerrido avuelito: Te querro mucu!...» Elvirita se presentó también con un papel doblado como una cartita y gritando: «¡Equito yo! ¡equito yo!»—¿Has escrito tú?—«Sí».—Y me entregó la carta en la que había unos magníficos dibujos hechos á dedo. A propósito de dedos, Julito tiene el vicio de meterse un dedo en la boca, pero es muy obediente. Cuando yo le digo, ese dedo no se pone en la boca, él se lo saca y se pone otro. (*instintivamente hace lo que dice del nieta*).



Imagínense ustedes lo que serán estos tres diablillos reunidos... y no les digo nada cuando bajan al jardín y se ponen á correr, á saltar, á gritar y á des-

trozar lo que encuentran al paso... ¡La langosta!... ¡ya! ¡ya! ¡ya! ¡pero son tan graciosos!...

El otro día Julito por correr detrás de una mariposa destrozó los rosales de su mamá... Mi hija para castigarle, lo encerró en el cuarto de la costura y le tuvo unas cuantas horas á pan y agua.

¡Pobre Julio! ¡Me daba una pena!... No hice otra cosa en todo el día que pasear por delante de la puerta donde lo tenían encerrado. Como lo sentía llorar me conmoví... Yo no puedo resistir al llanto de las criaturas, y menos de mis nietos, así que me tiré al suelo y por debajo de la puerta le pasé unos confites...

Fuí sorprendido en esta posición por mi hija, la



que se aprovechó del asunto para soltarme á mí ¡á su padre! un sermón de padre y muy señor mío, mientras

Julio lloraba como un condenado. «¡Así echa V. á perder á las criaturas!» gritaba mi hija, y Julio más fuerte (*imita el llanto de un niño*). «¡Usted los hace mal criados! ¡Usted es esto! ¡Usted es lo otro!» Y Julio... (*llora ridículamente como un niño*).

La verdad es que tenía razón mi hija, y que debían haberme encerrado también en castigo en el cuarto de la costura... ¡así me hubiera distraído con mi nieto!... ¡jáj! ¡jáj! ¡jáj!...

Cuando se fué mi hija, después de haberme insultado á su gusto, siento que me tiran de los faldones de la levita, me doy vuelta y me encuentro con mi nieta Marujita que me dice: «No tengas miedo, abuelito. ¡Si te encierran en el cuarto de la costura, yo vendré á darte caramelos!»

¿Eh?... ¿Qué tal?... ¡Eso se llama tener un corazón de oro!...

Una mañana me oyó decir que había perdido treinta mil pesos en la Bolsa y ¿qué hizo?... Se fué á buscar su alcancía y la puso en mis manos, diciendo: «¡Toma, y no te quejes por plata, abuelito; ahí tienes, dispón de toda mi fortuna!» No era gran cosa, tres pesos con veinte centavos... ¡pero la intención!...

Parece que no han vuelto todavía del paseo?... Claro que no han vuelto, porque ya los tendría á mi lado y estaríamos jugando á los caballitos. ¡El caballito soy siempre yo!... ¡jáj! ¡jáj! ¡jáj!...

Mañana pienso llevarlos al Zoológico á que se distraigan con los monos y á dar un paseito en camello... ¡Qué diablo, en esta vida hay que divertirse!... ¡jáj! ¡jáj! ¡jáj!...

¡Caramba! ¡Caramba!... ¡Los estoy echando de menos!... ¡Esta casa sin ellos es un cementerio!... Y con

ellos... no hay nada seguro, ni la cabeza del abuelito. ¡El otro día me dieron un pelotazo en este ojo, que me convirtieron en astrónomo!... ¡jáj! ¡jáj! ¡jáj!...



Y todo el mundo cree que en esta casa todo es tranquilidad y orden... pues no es verdad. Esta casa es una Babel; aparentemente todo es regularidad, pero la verdad es que en ella están en perpétuo conflicto todos los sistemas de gobierno.

Empecemos por mi señora, santa mujer desde todo punto de vista, santa como esposa, santa como suegra, pero no admite bromas en cuestión de deberes de religión!

¡Gobierno teocrático!

o. Mi hijo. Dueño y señor de esta casa. Todo depende de él. Todos debemos estar sumisos á él. De todo se encarga él, aunque en realidad no se encarga de nada.

¡Gobierno despótico!

o. Mi hija política. Una mujer interesante, graciosa y llena de tacto, que decide en todas las cuestiones del hogar, después de consultar al senado, que soy yo.

¡Gobierno constitucional!

o. Magdalena, la sirvienta. Atribuciones definidas, derechos y deberes iguales para todos, varones, y mujeres, altos y bajos sobre la base de la libertad... por lo menos los domingos.

¡República federal!

o. Francisco, el cocinero. Tiene las llaves de la despensa, las llaves de la bodega, compra de todo y jamás rinde cuentas.

¡República unitaria!

o. Después está el cochero, que gobierna con el látigo.

¡Gobierno feudal!

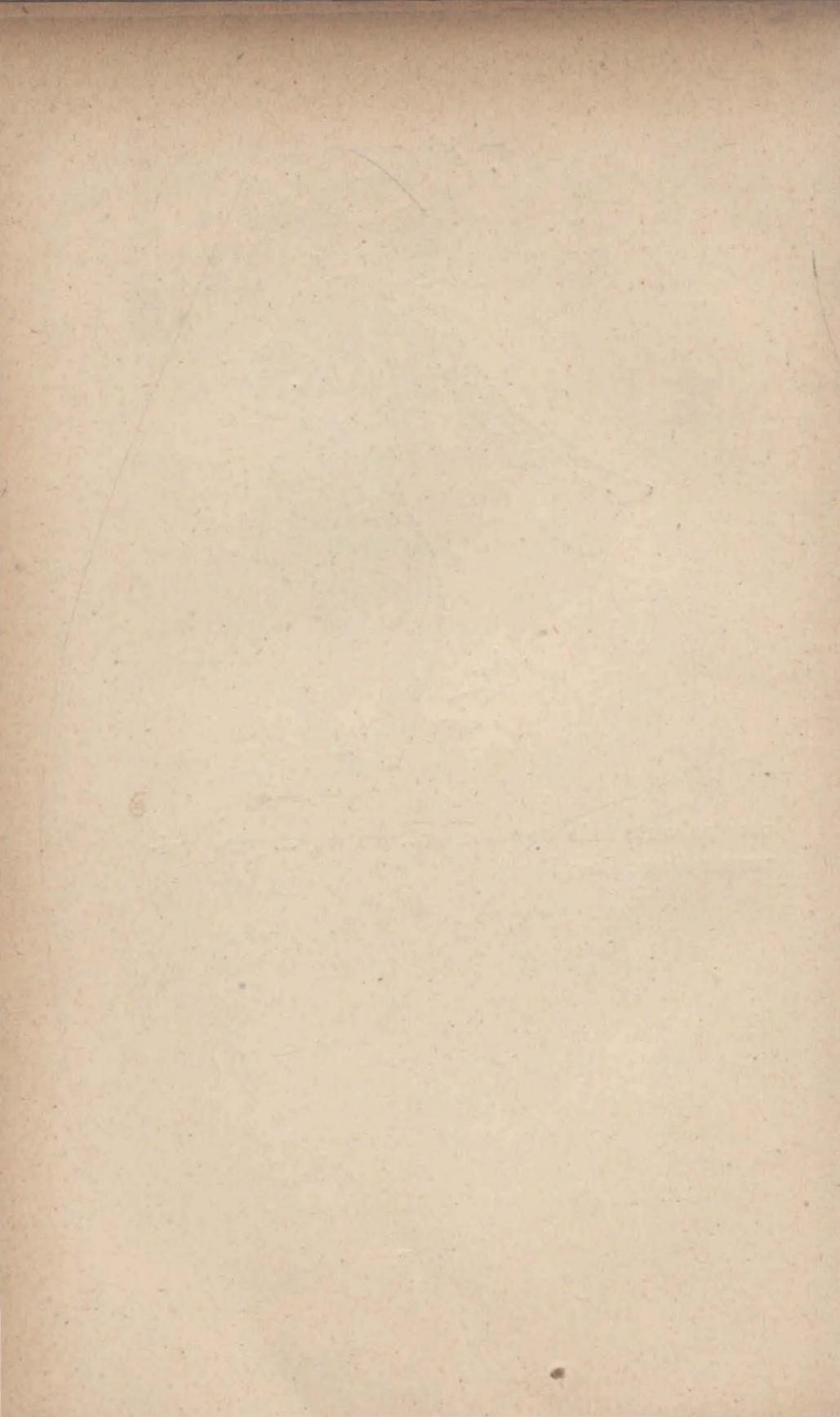
o. Pero si en alto existen los poderes constituídos para gobernar esta casa, abajo se encuentran los poderes revolucionarios, ó mejor dicho, Elvirita, que se apropia todo lo que encuentra: Colectivista. Julio, que rompe todo lo que toca: Nihilista; y Marujita, la menor, la que no reconoce ley, religión ni autoridad en esta casa. La dicen: «Sabes, todas las noches, antes de irte á la cama, debes...» ¡pero nada! ¡Es anarquista! (*Se oye gritería de niños*).

¡Ah, gracias á Dios que han vuelto! Discúlpennme-



ustedes, ante todo soy abuelo... me voy... para volverme nietecillo. (*Vase*).





El pie de la mujer

Monólogo

DE

LUIS ARNALDO VASSALLO (GANDOLÍN)

ARREGLADO DEL ITALIANO POR

JULIO CASTELLANOS



Monólogo

(El actor aparece en escena por donde le da la gana y como quiera y dirigiéndose al público dice):

El pie de la mujer es tema que de por sí da pie al orador para entrar en materia. Es un asunto que marcha por sí solo. Esta es la razón por la cual lo he elegido como tema de mi conferencia, con preferencia á cualquier otro, porque tratándose del sexo femenino, el punto más difícil es siempre la introducción.

El tema elegido podrá parecer pedestre, pero conociéndole á fondo, resulta muy interesante, porque puede estudiarse desde distintos puntos de vista, pero á condición de que sea tratado con tacto... con mucho tacto... cuando se puede. Tanto más, cuando yo voy á hablar del pie de la mujer bonita, porque estoy convencido de que las feas no tienen pies... sino patas.

La mujer bonita en cambio... lo tiene todo; ojos, pies, manos, cara, etc., etc.... Y si su cara hace pensar en el cielo y su voz y su mano en los ángeles... su pie también hace pensar en las cosas de arriba.

Yo puedo hablar con fundamento del asunto, porque precisamente ha sido un pie el que decidí mi porvenir... pie que fué para mí la mano del destino.

Era el año de gracia... pero no evoquemos fechas dolorosas, baste saber á ustedes que yo estaba en la edad feliz de los estudios y de los exámenes... y los años pasaban y yo no pasaba nunca! Precisamente me dedicaba en esa época en la preparación de los exámenes con una fe digna de mejor causa. De la mañana á la noche, no hacía otra cosa que jugar al billar, ¡ah,

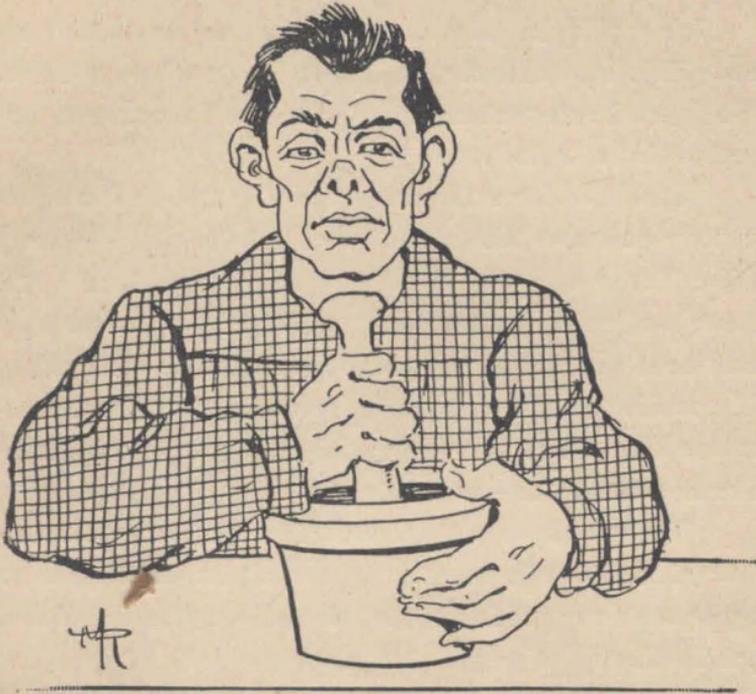


pero de noche!... dormía y soñaba. Soñaba que estaba frente á mi profesor y que sabía más que él. A la mañana se desvanecía mi sueño, pero no mi serenidad filosófica.

Tenía incrustada en mi alma esta máxima inmortal: «En este mundo nunca somos muchos los ignorantes.» Ella me salvó, porque si entonces hubiera yo tomado á lo serio el estudio, á estas horas sería yo mancebo de botica. Una carrera que lo único bueno que tiene es que se puede llegar á viejo y continuar siendo mancebo... de botica.

Pero en fin, es el caso, que con un coraje digno

de mejor causa me presenté á dar exámenes, diciendo para mí: «La química no la sé... pero quiero mucho á mis padres».



Mi profesor era un viejo cascarrabias que no había amado en su vida más que el ázoe, el oxígeno y el hidrógeno. A su mujer nunca la había sabido decir más que esta frase amorosa: «Somos dos cuerpos simples que han dado un precipitado de oro.» Efectivamente, tenían una hija que como se comprende, había nacido por combinación química, era una alhaja. Su genitor, ó mejor aun, su hidrogenitor la llamaba Santonina, porque él no vivía de otra cosa que de soluciones, lociones, fosfatos é hipofosfatos. Su existencia era un precipitado continuo.

Su primer pregunta en el examen fué muy simple. Me preguntó el nombre de un remedio vulgar que después supe que era la ipecacuana. Tratando de ayudarme me decía: «¡hip!... ¡hip!...» y yo contesté como un loro: ¡Hip!... ¡hip!... ¡hurra!... Pasemos á otra cosa,—dijo él,—sacudiendo su cabeza de idiota erudito. En caso de envenenamiento ¿cómo se conocen los síntomas de la belladona?

Con grandes esfuerzos traje á mi memoria el recuerdo de todas las *bellas donas* que he oído cantar y dije: Por la voz, por la cara y por los pies... El profesor se puso furioso, me mandó retirar, obedecí, y entonces me aplicó un ejemplo práctico de mi teoría... Y los diez puntos que esperaba de él, tuve que hacérmelos dar de la patrona de mi casa porque mi pantalón necesitaba de sus servicios.

Y he aquí porque debo al pie de la mujer no haber sido mancebo de botica, lo cual demuestra que no era yo un ser predestinado para ello... ó mejor dicho, *piedestinado*.

Después de todo, hace ya muchos siglos que el pie de la mujer dirige los pasos del hombre. Y ya que entramos en materia, creo oportuno revelar una verdad hasta ahora desconocida y que es el resultado de una larga y paciente investigación histórica. Mi descubrimiento se basa en documentos con los cuales podría probarse que el pie de la mujer existía (aunque parezca extraño) en los felices tiempos de Adán y Eva. Entre ese hombre y esa mujer... ¿á qué ocultarlo?... hubo algo que la historia no aclara debidamente.

Noto que las señoras sonrían con malicia recordando á la picarona de la serpiente... Gracias, no hay de qué.

La historia de la serpiente no es más que una fábula insulsa. A mí me consta cómo pasaron las cosas,.. y fué así. Una tarde de riguroso verano, Adán, aunque liviano de ropa, estaba que no podía más de calor y fué á guarecerse debajo del árbol de la ciencia del bien y del mal. ¿Que por qué había elegido precisamente ese árbol? ¡Ah!... Porque en esa época era el único que podía dar frescura. Reflexionen ustedes, tratándose del árbol de la ciencia y siendo ésta experimental, no podía menos que proyectar sobre Adán la sombra de la duda...

Así, que el hombre empezó á mostrarse intranquilo por la tardanza de su señora, y se comprende, porque si él era su compañía... Eva era su *prima donna*, y las *primas donnas* siempre han puesto en ridículo al hombre.

Cuando llegó Eva fué á cobijarse al lado de su esposo y sus ojos tropezaron con los frutos maravillosos de aquel árbol. Tanto la enamoraron, que rogó á Adán que le arraneara algunos, pero los maridos en aquella época no tenían nada de complacientes y contestó Adán: ¡No me da la gana, no quiero molestarte!

En nuestros tiempos esa contestación habría bastado para que la esposa ofendida contestase sarcásticamente: ¡Comprendo!... ¡No quieres complacerme porque soy yo quien te lo pide... pero si se tratase de la otra... de seguro que te romperías el alma por subir al árbol!

En aquellos tiempos la otra no existía, así que, Eva aunque disgustada, se limitó á trepar al árbol desapareciendo entre las tupidas y perfumadas hojas.

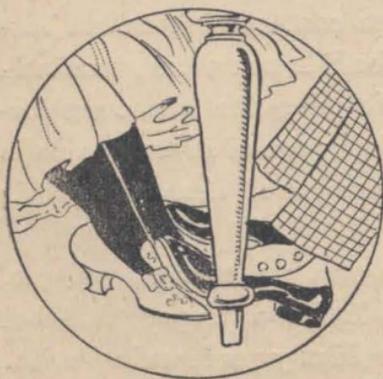
Adán se había dormido... y creo que roncaba

fuerte. Entonces Eva, ofendida por su falta de educación le tiró una manzana, que fué á pegar á Adán en... lo mejor del sueño. Sonriendo levantó los ojos, y ¡qué serpiente ni qué niño muerto! iba á ver... Lo que vió fué una cosa delicada que se agitaba entre el ramaje... y aquella cosa era... ya se imaginarán ustedes... ¡El lindo piececito de Eva!

Aquel pie le sugirió á Adán tal vez la idea de dar el paso que los historiadores denominan pecado original. ¡Dulce pecado, que apesar de llamarse original... se han hecho de él millares y millares de ediciones!

Los que piensan que el pie no puede inspirar ideas poéticas están en un gravísimo error. No solamente es el pie noble y poético, sino que es la poesía misma. ¿Cómo se hacen los versos? En la mayoría de los casos con los pies. ¿Y el amor? Este eterno y dulce poema. ¿Cómo empieza? Con el encuentro magnético de dos puntas de pie debajo de una mesa durante una honesta jugada de lotería... ó durante una cena quizá menos honesta.

Dos pies que se aman saben aprovecharse de la obscuridad... para darse un apretón de manos. Porque hay que saber que un pie inteligente sabe decir una cantidad de cosas elocuentísimas. Si se mueve de abajo á arriba quiere decir: Toma una silla y vente á mi lado. Si se mueve de derecha á izquierda ó



viceversa, significa: ¡No quiero! Si se hace un movimiento brusco y se retira, quiere decir: Hay peligro... aléjate.

¡Pero cuando dos pies se quieren no hay peligro que valga!

La mujer podrá tener en la vida muchos deseos, pero el hombre no tiene más que uno. Pasarse la vida ¿dónde?... A los pies de la mujer amada. Tan cierto es esto, que Romeo no dijo jamás á Julieta: ¡Ah, quisiera pasarme toda la vida á tus orejas... á tus narices... á tus codos... á tus... jamás, jamás y jamás!

Terminemos entonces por decir que el pie de la mujer tiene una fuerza tan poderosa, que es capaz, y



esto lo juraría, de hacer mover (*indicando que deben aplaudirle*) la mano del hombre.

El que protesta de los monólogos

Monólogo

DE

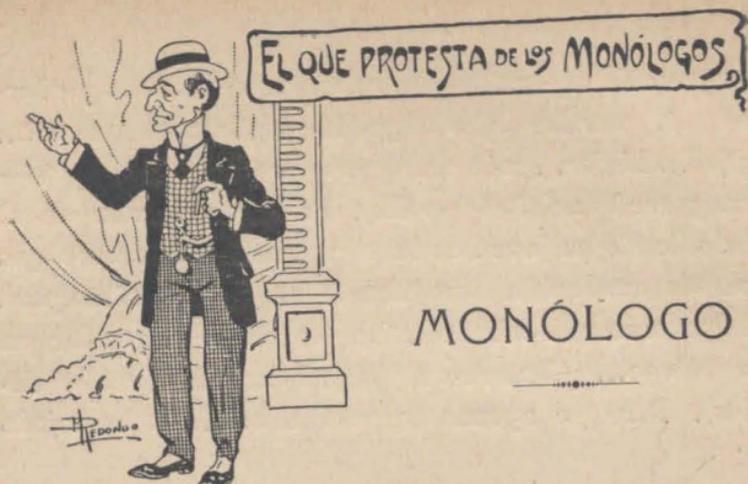
JORGE FEYDEAU

ARREGLADO DEL FRANCÉS POR

JULIO CASTELLANOS

Y REPRESENTADO CON EXTRAORDINARIO ÉXITO POR

COQUELIN CADET, de la Comedie - Française



MONÓLOGO

(A telón corrido aparece un señor de edad, calvo, vestido de etiqueta y cubierto. Sale y figura hablar con alguien que está dentro).

¡No, no, me voy! ¡Esas latas inoportunas que nos disparan socialmente... me revientan!

Aquí me quedo fumando un cigarrillo... (Saca un



paquete de cigarrillos, se pone uno en la boca y al irselo á guardar dice al público): ¿Ustedes gustan?... ¿No?... Mejor. . más economía para mí. (*Saca fósforos y enciende el cigarrillo*). Vengo de el salón de al lado donde un joven de lengua cabellera, de esos que parece que están acreditando algún específico para hacer crecer el cabello... ha empezado á recitar un monólogo... (*Conserva el fósforo encendido en los dedos*). Pero yo apenas empezó el solo... lo he dejado



solo. ¡Me quema la sangre eso de oír latas!... ¡Sí, señor, me quema!... (*Se quema con el fósforo*). ¡Caracoles!... (*Tira el fósforo*). ¡Yo, ya no estoy en edad de chuparme el dedo! (*Se lo chupa para calmar la quemadura*). ¡Estoy ya de monólogos hasta la punta de los cabellos!... (*Se descubre y se ve que es calvo*). Qué

falta me hacía tomarle el pelo al joven monologuista!... Pero no se va á dejar... (*Da una chupada al cigarrillo*).

Pero señor... ¿quién habrá inventado eso de los monólogos?... Algún solista, de seguro... (*Da otra chupada al cigarrillo*). Si yo fuera Presidente de la República, lanzaría un decreto en estos términos: «El Presidente la República, decreta: Artículo primero. Desde la fecha se prohíbe en todo el territorio de la república el uso de las latas... Artículo segundo. Exceptúanse las en conserva. Comuníquese. Publíquese. Archívese... y fúmesse. (*Da una chupada al cigarrillo*).

El hombre que está en su sano juicio, no habla, piensa, y como piensa no puede hablar. Al revés que los locos, que hablan y no piensan. Admitir el monólogo es considerar loca á la humanidad, es rebajarla. Sin embargo, yo tolero el monólogo en muchos casos. Por ejemplo. Cuando en la Cámara hablan todos los diputados á un tiempo y cada uno dice lo que quiere para jorobar al contribuyente. Cuando á uno le pisan un callo y le da por monologar una punta de barbaridades... Cuando uno tiene necesidad de pedir plata. Y llamo monólogo á esta última fórmula, porque en todos los casos que he tenido que monologar de esa manera... me han dejado con la palabra en la boca...

¡Nada, nada, el monólogo es una cosa que irrita los nervios!... ¿Qué dirían de mí si tuviera el descaro de ponerme á recitar un monólogo delante de ustedes?... Pues dirían que les estaba fastidiando... No, si estamos de acuerdo.

Pero señor ¡si hasta en el teatro son fastidiosos los monólogos!... ¿Quiéren ustedes nada más ridículo

que un personaje que se queda solo y se pone á declamar?... Por ejemplo:

(*Declamando con voz campanuda*).



¡No, no me causan pavor
vuestros semblantes esquivos!
¡Jamás, ni muertos, ni vivos
humillaréis mi valor!

¡Esto es imbécil!... ¡Sí señor, imbécil! ¡Si siquiera tuviese música!... Sería tolerable. Por ejemplo: (*Canta los mismos versos con música del tango «Bartolo tenía una flauta»*).

Así se podría oír un monólogo... porque la música se oye siempre con gusto, digo, menos la música celestial... que se escucha como quien oye llover.

Pero en fin, hay monólogos que pueden pasar. El otro día en el tren que va al Rosario, viajaba yo con un señor. Un inglés, y digo inglés, no porque le debiera ni un centavo, sino porque me lo pareció á mí al ver que no abría la boca más que para bostezar. Le notaba intranquilo, así como con ganas de hacer algo... De pronto, abre la boca y murmura: «¡Oh, yès, yès, water-closet!» y salió apresurado. Aquel señor monologaba solo, pero vamos, tenía sus razones.

Otra vez, estaba yo parado en la esquina de Esmeralda y Corrientes esperando el tranvía, y como tardaba, me puse á mirar el escaparate de la joyería «La Esmeralda»... Llega una señora y se pone como yo á contemplar las alhajas y dice toda entusiasmada: «¡Oh, qué feliz sería yo con esa pulsera de brillantes!».

Me extrañó aquella manera de monologar... y la miré... no era fea, no... pero aquel monólogo... me costó un ojo de la cara.

En otra ocasión llegué á mi casa y me dió por entrar de puntillas en el cuarto de mi mujer... quería sorprenderla. La encontré recostada sobre un diván y dormía con la placidez del justo. De pronto, abre la boca y la siento decir con voz amorosa: «Ven, Ramón, amor mío... el otro ha salido... no hay nada que temer...»

¡Ramón!... Aquella manera de monologar me extrañó muchísimo, porque yo me llamo Homobono... pero vamos, como la pobre estaba dormida, no sabía lo que hablaba...

¡Ah, si fuera á contar á ustedes otros monólogos por el estilo!... Estoy seguro de que se levantarían indignados y me gritarían: ¡fuera! ¡fuera!... Palabra.

¡Calle! Una idea. Ese joven de la melena no ha terminado aún su monólogo. Voy á entrar ahora mismo á gritarle: ¡Fuera! ¡fuera! ¡fuera! ¡fuera! (*Se va oyéndosele decir: ¡fuera!*)



La máquina para volar

MONÓLOGO

DE

LUIS ARNALDO VASSALLO (GANDOLIN)

ADAPTADO DEL ITALIANO

POR

JULIO CASTELLANOS



LA MÁQUINA PARA VOLAR

Monólogo

(Al levantarse el telón Pompeyo Palamidoni con las manos cruzadas cruzadas en la espalda, y la cabeza caída, pasea de aquí para allá; después se detiene y mira su reloj. Saca un plano enrollado debajo del brazo).

Me dijo á las seis en punto y son las seis y veintitres... Esperaré otros diez minutos, y si no viene le



mando al diablo á él y á sus millones.... Si él tiene veinte millones, yo tengo cincuenta... cien... ¿Dónde?... (*Golpeándose la frente*). Aquí. ¿Con qué se hacen los millones?... Con dinero, no?... Pues no señor. Los millones se hacen con ideas. Pero no basta tener ideas, es necesario saber echarlas afuera. ¿Y cómo se hace para echarlas afuera?... Así. (*Indicando un rollo de papel que tiene en la mano.*) He aquí una idea que vale tantos millones, que solo al pensarlo da espanto.

Esta mañana fui á casa del banquero Miranda y le dije:—¿Sabe usted quién soy yo? El ingeniero Pompeyo Palamidoni. Ponga cien mil pesos á mi disposición, y dentro de un año le hago ganar tantos millones... que Rothschild comparado con usted... será un pordiosero, un andrajoso, un atorrante!

El banquero Miranda debe ser un hombre demasiado listo, un hombre que tiene golpe de vista para los negocios, porque me contestó en seguida:

—Pongo á su disposición cuanto dinero quiera, pero no en este momento, porque tengo mucho que hacer. Vuelva usted dentro de un par de meses.

—Pero señor, este no es un negocio que admita espera. Cada semana que pasa son diez millones tirados á la calle.

—Bueno, siendo así,—me dijo,—usted me esperará á las seis en punto en la Plaza Victoria, y si no nos vemos quedará la cita para otro día.

Pero no le veo.... por aquí... Peor para él, si no viene dentro de diez minutos, me voy á Londres, y si no me voy á Londres me voy á Berlín, y si no voy á Berlín... me voy á Norte América; pero antes de partir voy á enviar telegramas á todo el mundo, para sa-

ber las ofertas que me hacen por mi invento... y me voy al país que me ofrezca más. De aquí ya veo que no voy á sacar nada! Hace años había inventado yo un mecanismo para evitar el choque de trenes, y fui á ver al ministro de Obras Públicas, y saben ustedes lo que me contestó?...—«Hay que respetar las costumbres, ¡los viajeros, por ahora, están acostumbrados á los desastres!...»

¡Ah, pero ahora los evitaré á toda costa! No más ferrocarriles, no más locomotoras, no más falta de vagones en el puerto!... Aquí está. (*Desenvuelve el plano que trae en la mano y en él está pintada una máquina para volar que parece un paraguas.*) ¿Que, qué es esto?... Mi última invención. ¡La máquina para volar! Los profanos entienden poco de estas cosas, pero la máquina es de una simplicidad tal... que la podría manejar un niño.

¿Cómo nació la idea de la máquina de vapor?... Mirando una cafetera. ¿Cómo se me ocurrió la idea de una máquina para volar?... Mirando un cafetero. A veces era el cafetero el que me miraba á mí... porque le debía unos cuantos pesos. Y yo pensaba: cualquier día escapo yo de aquí. Este hombre es capaz de pegarme dos palos si me quiero ir sin pagar... ¡Si yo tuviera una máquina para volar!

Piensa y piensa, y sin tener un centavo en el bolsillo para pagar á aquel maldito cafetero... pero en cambio descubrí esta máquina portentosa que es todo lo contrario de aquello que dijo Arquímedes: Denme un punto de apoyo y moveré el mundo.

Es un mecanismo tan sencillo que parece cosa de juguete. Vean de lo que se compone: de una navecilla, de un motor á gas, de dos engranajes con cambio si-

multáneo, de una transmisión, de una polea y de dos grandes hélices de tela con un movimiento centrífugo, y por último, de un manubrio con émbolo á aire comprimido. Funciona así: El motor naturalmente... (*Imita el movimiento de un motor con gestos ridículos*)



entonces por medio de los engranajes... (*hace gestos*) la rueda de la transmisión en seguida... (*parodia con la acción lo que dice*) de modo que la polea naturalmente... (*imita ridículamente el movimiento de la polea*) mueve la hélice derecha... (*gira su brazo derecho alrededor de él*) y la hélice izquierda... (*Hace lo mismo con el izquierdo*) de manera, que basta agarrar el manubrio... (*Hace gestos como si lo moviese*) y entonces inmediatamente el émbolo... (*Se mueve como*

si se agitara todo en el aire) y esta es la máquina para volar.

Ustedes dirán:—Está bien, hemos comprendido, pero ¿para qué sirve una máquina para volar?

¿Que para qué sirve?... Sirve para todo. Para las más grandes y para las más pequeñas necesidades de la vida.

Hablemos ante todo de los viajes. Con un gasto que sería una miseria y en solo veinticuatro horas, podrían ustedes irse... á cualquier parte. Pongamos un caso. Que quiero ir á Norte América, ¿qué hago?... Hago funcionar á la máquina y me elevo á cinco ó seis mil metros. Después me paro á ver. El mundo gira debajo de mí. Veo pasar bajo mis ojos Montevideo, Santos, Río Janeiro, Cuba... el Oceano Atlántico... después veo un montón de casas y digo: Si no me equivoco aquello es Norte América!... Y desciendo muy fresco por haber estado en el aire. Me meto en el primer hotel que encuentro, vivo como un príncipe el tiempo que quiero... y cuando se me antoja llamo al hotelero y le digo: «Prepáreme la cuenta. Esta noche me voy.» Y mientras la cuenta espera en manos del hotelero... yo escapo por la ventana.

Los servicios que puede prestar mi máquina en los escasos minutos de la vida son incalculables!...

Un solo giro de manubrio, y os veis libres de cualquier importuno. Ustedes dirán:—Pero los acreedores también estarán provistos de máquina y podrán perseguirnos... y alcanzarnos. .

¡He pensado hasta en eso!

Así como hay una ley que reglamenta el uso de armas, el gobierno deberá reglamentar el uso de la máquina para volar, y esta máquina será severamente

prohibida á los acreedores, concertistas, agentes de seguros de vida, á las suegras, á los jóvenes autores dramáticos, á los que escriben monólogos, á los que los recitan y á otras categorías igualmente molestas.

Se prohibirá también á las mujeres, no porque pertenezcan á una categoría incómoda, todo lo contrario, sino porque podrían abusar.

¡Imagínense ustedes á un esposo que entra en su casa y no encuentra á su esposa!...

—¿Dónde está mi mujer?...

—¡Oh, señor, la señora se ha ido al cielo!

Uno se alegra sobremanera al recibir una noticia semejante... pero después comprende que es un equívoco.

Se prohibirá también la máquina. A los jóvenes solteros y á los viles seductores, porque amenazarían siempre la paz doméstica bajo la forma de volátiles.

Yo de casado, era celoso como Otelo, ó sea el marido de Desdémona... ó el moro de Venecia. Para mi tranquilidad había inventado el contador conyugal. Otro invento que me habría hecho ganar... yo no se cuántos millones, pero que habría hecho desgraciados á no se cuántos... infelices. Era un mecanismo muy sencillo... yo lo había colocado sin que mi mujer supiese... debajo del sofá de la sala.

Mi esposa pesaba cuarenta y seis kilos, era una mujer ligerísima. Todas las noches al volver á mi casa, echaba una mirada al contador, y no señalaba nada, ó señalaba cuarenta y seis kilogramos. Un día tuve necesidad de hacer un corto viaje. Vuelvo después de veinticuatro horas, abrazo á mi esposa, dejo la valija y corro á mirar el contador. Señalaba como de costumbre cuarenta y seis kilogramos.

Ante esta prueba decisiva, mis celos desaparecieron.

A la noche fui á una reunión de especuladores que debían poner á mi disposición veinte millones por una máquina mía que si no estuviese parada, habría resuelto el problema del movimiento perpétuo. Entro en mi casa, y como de costumbre echo una mirada al contador. ¡Maldición! Señalaba ciento veintitres kilogramos. ¡Era traicionado por setenta y siete kilogramos de persona desconocida! Mi esposa quiso justificarse diciendo que también la sirvienta se había sentado en el sofá. ¡Mentira vil!



Procedí inmediatamente á la comprobación. Mi sirvienta no pesaba más que sesenta y cuatro kilogramos. ¡Faltaban aún catorce kilogramos á la fidelidad de mi señora!

Han pasado diez años y he perdonado á aquella desgraciada... que ya no existe... pero si Dios hiciera que yo tropezara con un hombre de setenta y siete kilogramos... ¿Saben ustedes lo que haría?... Matarle como á un perro. Lo metía en mi máquina para volar, subía á treinta mil metros... y desde allí arriba... (*Hace como si lo tirara al aire*).



(*Mirando su reloj*). Las seis y cuarenta y cinco minutos. Parece que el banquero Miranda quiere burlarse de mí... pero va á ser él el burlado. Yo tendré cuantos capitales quiera. Después de todo, no se trata de una gran suma. ¡De cien mil pesos!...

(*Al público*). Con permiso. ¿Ninguno de ustedes tiene por casualidad cien mil pesos en el bolsillo?... Nadie!!!... Pues lo siento muchísimo por mí... y por ustedes. (*Vase*).

CELEBRIDAD

MONÓLOGO

DE

Enrique Novelli

ARREGLADO DEL ITALIANO POR

JULIO CASTELLANOS

CELEBRIDAD



Monólogo

¡Puaah!... ¡Qué país!... ¡Puaah! ¡Qué gobierno!...
¡A ver mozo, pronto un cívico que tengo sed!... ¡Estoy
ardiendo y no estoy asegurado en ninguna compa-
ñía!... ¡Esto clama al cielo! (*al público*) ¡Bruuu!...
¡Me siento anarquista!... ¡Esto no es gobierno... ni
nada!.. ¡Aquí no se respetan ya ni los derechos más
sagrados... ni los cívicos... de cerveza!... ¡Permítan-
me ustedes un desahogo!... ¡Abajo el gobierno!... (*Co-
mo asustado de lo que acaba de decir*). ¡No me dela-
ten ustedes; por favor!... que no tengo plata para pa-
gar la multa. He dicho abajo el gobierno como podría
haber dicho: «¡Agárrate Catalina» ó cualquier otro pen-
samiento filosófico!... ¡Pero yo tengo motivos más que
sobrados para hablar mal de esa institución, que no
tiene más misión, que la explotación en toda ocasión
del contribuyente de la Nación, y que se denomina
vulgarmente gobierno!...

¡Gobierno!... ¡Hasta la palabra es antipática!...
¡Gobierno!... ¿Ustedes se preguntarán, que por qué la

he tomado con el gobierno cuando yo no tengo cara de pagar contribución... ni de pagar nada?... Pues es muy sencillo. Yo hablo mal del gobierno, porque no ha querido patentar un invento mío... ¡Sí, señores, un invento, un magnífico invento!...

Les voy á contar en dos palabras el asunto para que se den cuenta por ustedes mismos... Hace días tuve necesidad de ir á un lugar... en donde me esperaban. ¡Y tenía apuro, muchísimo apuro!... Pues señor, salgo de mi casa y me doy cuenta de que era de noche y de que sin embargo llovía. Mejor dicho, diluviaba, truenaba, y relampampanguaba!... Excuso decir á



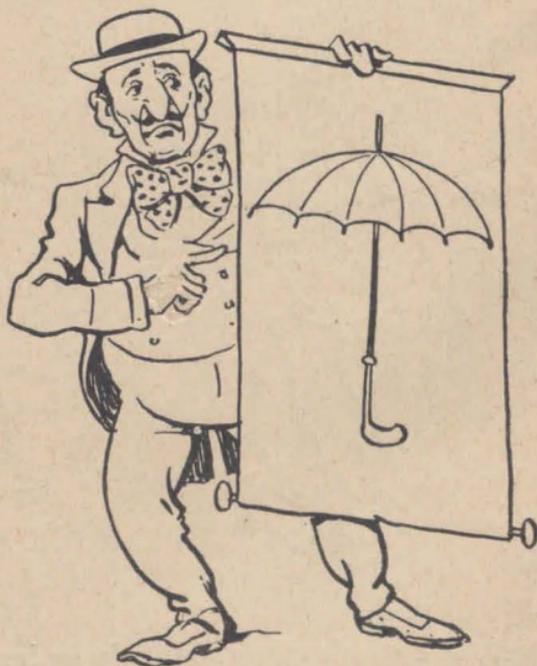
ustedes cómo me pondría... ¡Pasao por agua!.. ¡Tuve que refugiarme en un zaguán á esperar que cesase

aquel espectáculo aguatifero!... ¡Pero nada! Agua va, agua viene... y sin poder concurrir á la cita. ¡Yo echaba rayos y centellas por la boca... y el cielo haciéndome competencia!... Pero señor—decía yo para mis adentros,—si yo tuviera algo para guarecerme de la lluvia, podría concurrir á la cita!... Y pensando... pensando... una idea luminosa invadió mi cerebro, y me pareció que de realizarla había hallado el alivio de la humanidad doliente!... Y aquí viene mi invento... Imagínense ustedes un bastón... con un mango...



de hueso, de hierro, de plata, oro ó de madera. Total un mango. En la punta del bastón una contera, y á un decímetro de ésta, unos palitos de acero ó de ballena colocados de modo que se puedan doblar á gusto

del consumidor. Encima, y cubriendo estos palitos, un pedazo de género de seda, lana, o hilo, y todo dispuesto de manera que se pueda abrir ó cerrar según las circunstancias. ¿Que llueve?... Se abre, y va uno á sus asuntos. ¿Que no llueve? Se cierra, y se utiliza como bastón... ¿Eh?... ¿Qué tal?... ¿Se trata de un maravilloso invento, ó no?... ¡Claro que sí! Hago el dibujo, y lo presento en la oficina de «Marcas y Patentes». Pero pasa un día, y dos, y tres, y un mes, y dos, y cuatro y ocho!... esperando una resolución gubernativa; y al cabo de todo ese tiempo, ¿saben ustedes lo que me han contestado en la oficina de «Marcas y Patentes?» Que el invento ya existía y que se



llamaba... ¡paraguas!... Pero no paró aquí la broma, sino que la resolución recaída en mi solicitud, termi-

naba de esta manera: «¡Y su inventor llegó á ser célebre!»... ¿Quieren ustedes más *jetta*?... ¡El célebre, y yo no!... ¡Ah, qué razón tenía mi mamá cuando de chiquilín le iba yo con alguna mentira, y me decía: «No inventes, hijo mío, no inventes!»... Pero no la hice caso, y he inventado... ¿pero para qué?... ¡Para que otros se hagan célebres! ¡Ahí tienen ustedes lo que es la injusticia de los hombres! ¡Hoy son todos célebres, menos yo!... ¡Hasta los poetas decadentes!... Y todo por qué? ¡Porque hacen versos!... ¡Hágame usted el favor!... ¡Por hacer unos rengloncitos cortos con consonantes en la punta... que se encuentran con la ayuda de cualquier diccionario de la rima!

¡Bah! ¡Ba! ¡Ba! ¡Ba!

¡Qué pavadadadada! ¡Hasta yo hago versos!

Dante, llegó á ser célebre porque escribió «La Divina Comedia». ¡Hágame usted el favor! ¡Si la escribo yo son capaces de decir que era una lata!...

Y Cervantes, señor,—¿por qué es célebre Cervantes?—Porque escribió «El Quijote», siendo manco... Es decir, que si llega á tener dos brazos no es célebre... ¡Se ve cada cosa!...

¡Galvani!... Otro célebre. ¿Y por qué? Porque descubrió que las ranas tenían electricidad. ¡Hágame usted el favor!... Y todo el mundo se llenaba la boca hablando de Galvani... ¡En cambio de las ranas nadie se acuerda como no sea para comerlas!...

¿Y Volta?... Otra celebridad como la anterior. Volta es célebre porque descubrió la pila, y todos se acuerdan de él, pero nadie sabe el nombre del descubridor de la piletita!... ¡Se ve cada cosa!...

¡Se me objetará que si Galvani y Volta no hubieran existido hoy no tendríamos á Edison, y por lo tan-

to no existiría la luz eléctrica!... ¡Otra mistificación!...
¿Qué es la luz eléctrica?... ¡Una luz que se mide por
bujías; sí, señor, por bujías!... ¡Total como antes!

¿Y Shtefenson? Aquel que dicen que ha inventado la máquina de vapor. ¡Otro célebre!... Pero en fin... soy justo. La máquina de vapor es algo. Pero el mérito verdadero de ese descubrimiento ¿á quién pertenece? A Shtefenson, no?... Pues no señor, á un amigo íntimo de él que le dijo un día:—«Qué molesto es viajar en galera, sería necesario inventar algo más cómodo»—y Shtefenson que no era un ignorante contestó: «Tienes razón»—y empezó á pensar y á discutir... é inventó la máquina de vapor que le hizo célebre.

Ahora, díganme ustedes ¿á quién pertenece el mérito del descubrimiento... á Shtefenson ó al amigo?... Vamos, díganme, sean ustedes justos... ¡Al amigo que le dió la idea madre!... ¡Eso es! Pues vean ustedes lo que son las cosas, nadie se acuerda del nombre del amigo.

¿Y Newton?... ¿Por qué es célebre Newton?... Porque le cayó una manzana en la cabeza, y descubrió de este modo la gravitación de los astros. Es decir, que si en vez de una manzana, le cae un ladrillo... no descubre nada... se muere... y adios celebridad.

¡Franklin! ¡Otro célebre por haber descubierto el pararrayos... una cosa que para! ¡Hágame usted el favor!...

¡Pongo yo un pararrayos en el sombrero, salgo de paseo un día de tormenta y rum... pum... pum... pum...! ¡El rayo que cae!... ¿Dónde?... ¡Aquí! (*señalando el sombrero que tiene puesto*). ¡Y á eso le llaman pararrayos!... ¡Hágame usted el favor!...

¿Y qué me dicen ustedes de aquel charlatán de Cristobal Colón que se hizo célebre porque paró un huevo de punta? ¡Hágame usted el favor!... Yo sin ser



Cristóbal, ni Colón, ni genovés, paro cien huevos sin romperlos... Sí señor. Todo es cuestión de colocarlos en cien portahuevos. Y por eso no voy á decir que he descubierto la América... ¡no señor, porque la América ya existía! Que no era conocida me dirán ustedes?... ¿Y qué?... Tampoco conocía nadie á Colón, y ahora le levantan estatuas, porque ha sido el primer europeo que ha pisado tierra americana... ¡Hágame usted el favor!... Entonces, el primer americano que fué á Europa, puede decir que la ha descubierto y exigir que le levanten una estatua!...

¡Ah! ¡qué vanidosos somos los hombres!... Tenemos la vanidad de los descubrimientos, y es hora ya, de que nos convenzamos de que valemos menos, pero mucho menos... que el mono. Sí señores, menos que el mono. Y lo pruebo. Ustedes encontrarán siempre un hombre que esté dispuesto á gastarse cien pesos en un mono. ¡Pero no encontrarán jamás un mono dispuesto á dar dos centavos por un hombre!... ¡De veras!...

¡Ya ven, que de poco sirve la celebridad... y los aplausos que nos dan en esta vida!... ¡De nada!... Pero si ustedes quieren hacerme célebre y aplaudirme por haber recitado este monólogo... por mí?...

¡Muchas gracias!... (Saluda y vase).



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
DOS PALABRAS	3
Los amantes	5
La mano del hombre	13
El código del duelo.	21
Un señor que come en el restaurant	33
Los médicos especialistas.	43
Entre un acto y otro	53
Solo de flauta.	65
El abuelo	75
El pie de la mujer	85
El que protesta de los monólogos	95
La máquina para volar	103
Celebridad.	113

Bonmati
é hijo

BUEN ORDEN 259

BUENOS AIRES

